

U
863.42
B
II

A don Miguel Cone, escritor amigo

MONTIEL BALLESTEROS

Numero 1-17

CUENTOS URUGUAYOS.



FLORENCIA (ITALIA)
TIPOGRAFIA GIUNTINA

1920

U
863.42
M

1 Cuentos Uruguayos
— I Título

El predominar en este volumen los motivos regionales uruguayos, y un sentimiento de homenaje al Terruño y a lo que en él amamos, justifica su título.

M. B.



NO ES LA PLATA LO QUE VALE....

AVELINO Maidana no le tenía apego a nada. Si bien siempre tornaba a las casas de vuelta de sus correrías — como esos perros gauchos que salen del rancho y vuelven después chupados, flacos, macilentos, con media lengua afuera, luego de haber cruzado campos y campos al reclamo de algún amor o de alguna aventura — no se podía afirmar que lo trajese el cariño a su mujer o al gurí — que ella decía que era hijo de ambos — y ni siquiera el amor al pago.

Maidana no era casi de la sección: andaba siempre changando de estancia en estancia; en tiempos de esquila de un establecimiento a otro, y ya le veían de cadenero del agrimensor, o monteando, o de peón alambrador, como si en su sangre aborígen hubiera quedado un afán nómada y trashumante; pero, por arriba de todo, lo atraían, como un imán, las carreras. En donde hubiesen carreras grandes, allí había de andar Maidana, vivaracho, « alarife », corredor a momentos, de palpíte exacto a simple ojo, y no haciéndose rogar mucho cuando lo invitaban a « atar » una

de tiro largo, ya que la yegüita alazana que montaba, que era cuarterona, de buena cría, no aflojaba nunca.

Como su mujer, una parda hacendosa y trabajadora, era « quitandera », él la arrastraba a las criollas reuniones pintorescas, no haciéndole ascos Avelino a preparar los asados, servir a los comensales, y asegurar la carpa o uñir los bueyes, siempre que le restara tiempo para sus aficiones.

Tal vez en el oficio de doña Nicanora — así se llamaba la mujer de Maidana — encontraríamos el resorte de su fidelidad. Dejaba algunos realitos la cosa. En las fiestas, los perdidosos no comen, pero los que han sacado una buena tajada son mano-abiertas y desprendidos. Fama bien conseguida — para en consecuencia atraer clientes — tenía la carpa de doña Nicanora. Y aparte del clásico asado y los bifés decorados con perejil, nadie mejor que ella hacía los pasteles de hojaldre y picadillo, y, cuando era tiempo, los huevos de ñandú, asados; además tenía que preparar una buena tanda de rosquitas, de pan casero y de dulce de leche que le habían de comprar los paisanos para obsequiar a su gente.

En una de las carreras lejanas, efectuadas por Caty, Avelino pudo realizar uno de sus grandes sueños. Había ganado, y consiguió emborrachar y sobornar a un negro cuidador de un padrillo árabe puro. Sacaría cría con su alazanita y había de salirle un pingó de primera. Se volvió a su rancho cuidando mucho su cabalgadura, y con los pesos que trajo preparó una

enramada y compró maíz para el animal. Después, solemnemente, como en los grandes momentos, le dijo a su mujer:

— Yo creo que está....

— De qué?

— Vos no sabés.... Yo siempre he querido tener el mejor caballo 'el pago.... y, aura....

— ¿ Vas a cuidar la yegua?...

— No. Ta preñada.

— Hum....

Estaban tomando mate. Se levantó Avelino y fué a mirar la alazana. La palmeó. Le observó el vientre y se sonrió, como si viese pasar por la cancha, como una luz, su parejerito nuevo.

Entre tanto, Nicanora pensaba.... Volvió el paisano.

— ¿ Cuánto tenemo?...

— Veinte libra.... como cien peso.... ¿ Ya estás po-atar carrera?, le deslizó irónica....

— Yo tamién tengo algo.... Le vamo a poner, le vamo a poner.... porque va a ser macho....

— Y si te sale hembra...?

Hacía rato que oía la conversación el hijo de ambos, que tendría diez años, y que, enterado de todo, intuyendo, propuso:

— Yo lo v-i-a variar, eh?, tata....

— Sí, m'hijo, aprobó él, orgulloso.

— Pucha que son noveleros.... rió lá patrona y se levantó y fué también a mirar la yegua.

No había duda, la alazana avanzaba en su estado.... y se redoblaban las precauciones y los cuidados. Se

corrían unas carreras de importancia en Sopas, en el Paso del Cementerio, y un amigo de Maidana, que pasaba un día frente al rancho, detuvo, extrañado, el caballo, y lo interpeló:

— Y d'íay ¿no vas? Ya te hacía pu-allá....

— Nó.... No sabés que tengo la alazana preñada?...

— ¡Ah, sí! Y el padre, es güeno?...

— De raza....

— Vamo a ver, dijo el otro, como concretando una duda, y mientras se despedía y animaba su caballo, le ofreció:

— ¿Querés que te lleve algo en el moro?...

— Güeno, dos pesos.... el malacara es muy sotreta....

Siete-otavos, — pensaba Maidana frente a la yegua, a la que le había traído la ración —. Casi puro....

— Ahí andás, ahí andás.... — le decía Nicanora desde la puerta de la cocina. — Pucha, ni que juera un hijo el q'esperás.

Avelino se había quedado más flaco. Su piel bronceada se le pegaba a los huesos. Le brillaban los ojos — chiquitos y negros — como si tuviese fiebre, y en el bigote, cerdoso, le habían aparecido algunas canas. Es que trabajaba asiduamente su pensamiento.

Maidana había comprado un farol para ir a ver, de noche o de madrugada, a su alazana. Aquella noche, después de haber constatado con la patrona y el hijo que no faltaría mucho para el suceso, se habían acos-

tado. El se recordó dos o tres veces, inquieto, pensando que podía venir algún perro y asustar al animal y que, si disparaba, era peligroso.

Tempranito, no apuntaba todavía el día, se levantó. Estaba el cielo lleno de estrellas. Relinchó la yegua, y él la habló de lejos, dió vuelta alrededor de la cocinita y se acercó a la enramada, a la que, previsivamente, habían tapado del lado sur, con ramas de mataojo verde. Y de golpe se paró, como si lo hubieran sofrenado: al pie de la yegua, que lo lamía maternal, suavemente, el potrillito, medio zonzo, peluciento, con las gruesas patas tembleques, intentando buscar las tetas de la madre....

Una sonrisa de satisfacción dilató el rostro del paisano, y, sin moverse, fué estudiando, analizando al animalito. Le veía las patas blancas cruzadas; debía tener una estrella en la frente; en la semi luz parecía alazán, como la madre. Dió unos pasos. Miró al cielo, como queriendo agradecer a alguien la gracia, a su Dios: era macho! Movió la yegua y vió en la frente del potrillo el remolino de pelitos blancos. Después se acercó al rancho, y, emocionado, con la garganta seca, gritó, frente a la puerta:

— Nicanora!, m'hijo! Macho, caray! Macho!

El gurí vino primero: descalzo, con la camisa de listado desprendida, agarrándose las bombachas, y refregándose los ojos aún pesados de sueño; luego doña Nicanora.

Maidana les hablaba en frases cortadas y breves:

— No ven las patas blancas cruzadas y largas,

eh.... la cabecita chica.... pucha si va a ser ligero! parece alazán....

— Nó, es doradillo, tata....

— Qué sabés vos....

— Sí, doradillo, Maidana, — afirmaba doña Nicanora.

El chiquilín echó las lecheras, Nicanora hizo fuego, y Maidana, de aquí para allá, anduvo todo el día cuidando, prolijo, « sus » animales. Es verdad que era primavera y que no harían muchos fríos, pero había que precaverse y mejorar el pesebre porque el potrillo era de cuidado.... Y gastó unos cuantos pesos en zinc, y trajo unos postes buenos, con lo que arregló un galponcito casi mejor que su rancho.

El potrillo se fué formando, se le dibujó bien la cabeza, fina y bella, las patas ágiles y fuertes, el cuello elegante; se marcaron en los encuentros y en la barriga las venas y los nervios en un intrincado relieve al que atribuía Maidana una importancia de atributo de raza. Después lo vió revolcarse y dar dos vueltas para un lado y otro, indicio seguro de su calidad. ¡ Todo un pingo !

Le compró una capa con la que lo cubría de noche, e hizo sitio en el reducido rancho para el fardo de alfalfa, el maíz y el afrecho.

Tantos gastos mermaban, en consecuencia, los pesitos, y como hacía tiempo que no se trabajaba, hubo de ir doña Nicanora sólo con el gurí a quitandear....

Un día pasó don Policarpo Núñez, un estanciero rico de por allí, y se arrimó a ver el mentado potrillo de Avelino Maidana. Este le sacó la capa, le pasó la mano por el pelo lustroso y miró al estanciero como diciéndole:

— Y d'íay, don, usté con todos sus pesos, tiene un caballito como éste?

— Es lindo, comentó el otro.... Ya lo has probado?

— No lo he querido obligar tuavía, es muy nuevo, pero da muy güen tiempo....

— ¿ Querés doscientos pesos por él?...

— Nó, no me paga ni el cuidao.

— Querés quinientos?...

— Ni que me dé mil. Si no es la plata lo que vale, patrón; es tenerlo, es saber que es güeno, que no va a encontrar quien lo compita....

El estanciero se había picado. Despreciarle quinientos pesos, y hablar así, tan lleno de pretensiones!...

— Yo mismo te lo voy a ganar, Maidana.

Y el paisano, tan eficaz y certero en su dicho, encerraba una ironía y una provocación al contestarle:

— Puede ser.... sin ser milagro....

El otro lo miró dubitativo y, por amor propio:

— ¿ Querés mil?... Bueno, te ato la primera carrera.

— ¿ Con cuál?...

— Ya tendré caballo, yo.

— Veremos.... — y, para desviar el asunto: — quiere un mate, patrón?...

— Tenés más canchas, Maidana.... Aceptás?...

Avelino lo miró; le vidriaban, alegres, los ojos.

Una satisfacción de orgullo le cosquilleaba por todos lados. Ahora le parecía ser otro hombre, una personalidad nueva le ponía a la altura del estanciero platurado y, más que el indio Maidana, pasaba a ser el dueño del doradillo.

Núñez, impaciente, le instó a contestarle, y en la pregunta un tanto agresiva e irónica, lo desafió:

— La atamos por mil pesos?... Los podés ir juntando.... y, si no, arriesgás el animalito.... de todos modos, eh?...

De dónde iba a sacar aquella suma?... Caía otra vez a lo que había sido siempre, pero, cómo declarar su inferioridad?... Nó, algo de altivo y de rebelde le impulsó a retrucar:

— Si me deja plazo y el tiro, está cerrao trato.

— Bueno. El domingo, en la pulpería, hacemos el compromiso.

— La palabra basta....

— Sí, pero siempre es bueno. No es por desconfianza....

Y los dos hombres se miraron: Maidana, haciendo de tripas corazón, para aguantar las emociones brutales, desconocidas, del momento; el otro, dominador, despreciando al pobre diablo que veía en los mil pesos una suma fabulosa, quizá imposible.

Se dieron la mano.

— Hasta el domingo....

El estanciero se alejó por el camino. Maidana fué a mirar el potrillo y mientras picaba su naco para

hacer un cigarro, cavilaba su preocupación inmensa:

¿Cómo me hago de mil pesos?... Se los pediré a don Lucas? El viejo aquel era muy miserable y, si los perdía, con qué los pagaba?... Nó, es que no podía perder.... Sí, pero.... Quería herirlo la duda, como un puñal en la sombra, y su confianza le hacía una cuerpada rápida.... Después, aunque le dolió pensarlo, como si la sola ocurrencia fuera ofensiva para el crédito del parejero en ciernes, se le hizo la idea:

— Don Policarpo le ofrecía mil pesos por el potrillo y, bueno: era mejor que irlos a pedir; lo arriesgaría, pero no era el caso de tener miedo, malear, cuando tenía segura la fija....

Salía Maidana a menudo en su alazana con su parejero de tiro, a pasearlo, a enseñarlo por ahí, envanecido y orgulloso. En todo el pago conocían el caballito y hasta hubiera sido posible, dado el prestigio que tenía, que alguien le facilitase los mil pesos de la « parada » que habían acordado con don Policarpo Núñez. Pero Avelino, antes que recibir una negativa, prefería no pedir la abultada suma.

Volvió de quitandear doña Nicanora. Abrió tamaños ojos ante la nueva, y por más cuentas que sacaron, aunque vendieran la carreta y uno de los bueyes, ya que el otro era prestado, no llegaban ni por lejos a los mil pesos.

La mujer de Maidana, contagiada por el optimismo del paisano, hacía proyectos para juntar el dinero preciso, a cambio de cualquier sacrificio, y luego sus

sueños iban más lejos, hasta darle destino a la suma que, seguramente, ganarían.

— Sí, compraremos unas ovejitas.... arrendaremos un pedazo 'e campo, y, ya verás....

Maidana se veía ya dueño de la majadita, ayudado por su hijo, en vías de prosperidad.... Y si perdía la carrera?... Aquello era un sofrenazo de golpe en el cuesta abajo de sus ilusiones.... Si perdía la carrera no le quedaba más remedio que irse del pago.... ¿Qué iba a hacer después de semejante contratiempo? Quedarse sin su « crédito » y sin el nombre que lo ponía por arriba de toda la gente conocida :

Maidana, el del doradillo ganador....

De madrugada, con el fresquito, hacía varear al parejero. Su hijo lo montaba, y él, en la alazana, corriendo a su lado por el andaribel, para enseñarlo, le hacía indicaciones atinadas....

— Estiresé, m'hijo.... No lo castigue, peineló no más.... Q'el animal compriende, y cuando meta la chuza, sabe, cuando vea que se le obliga, que dé de sí lo que deba de dar.... Toqueló en la rienda y hablélo.... El animal es como el cristiano....

Y partían, y volvían a partir....

— Nó, no mire p'atrás.... Pa qué? Si es al pedo. Con mirar p'atrás no se gana nada.

— Pa ver como lo traiba, tata.

— Nó, nó, en ésto no se da changüí.... Se bajó la bandera, y hacha y machete hasta la raya....

Después, cuando apuntaba el sol, volvían, al tran-

quito, a las casas, donde la patrona los esperaba con el mate....

— Y, qué tal?

— Lindacho, nomás.

Se apeaban. Iban al lado del barril y bañaban los caballos. Les raspaban el lomo, les limpiaban los vasos y les daban una racioncita....

Ya estaba todo arreglado con don Policarpo Núñez. El tiro era corto: cuatrocientos metros. Contra los mil pesos del estanciero se perdería — Maidana — su doradillo.

Cuidaba ya el contrincante su caballo. Un lindo zaino que sería digno competidor del parejerito mentado.

Ajustaron las demás condiciones: el peso, los jueces, y un día firmaron el trato.

Lo único que no le gustó a Avelino fué el corredor contrario: un correntinito jugador que hacía poco había llegado a la sección y que estaba agregado a la estancia de don Policarpo.

Iban a hacer época las carreras aquellas. Diez o quince días antes empezó a llegar gente, y ya se amaneceía jugando en el almacén, en la fonda y en las carpas de las quitanderas. Se notaba esa animación pintoresca y movida: La llegada de carretas, de gente de pagos lejanos, de brasileros con los fletes bien apeados con profusión de adornos de plata y oro.... Se discutía en voz alta la cualidad de los caballos. Se cruzaban las apuestas. Y alguna noche, un cantor criollo

— Qué hay? contestaron, y vinieron apresurados, atropellándose.

— Me parece que cacé un zorro.... Pucha, si no es el correntino....

Trajeron luz y le iluminaron la cara. No era otro que el corredor de don Policarpo Núñez. Al caer, se le había revuelto la melena grasosa, y le salían dos hilillos de sangre por la nariz.

— Ves, ves.... decía airado Maidana.... Jun-amante, si es como pa dejarlo seco....

La patrona y el gurí miraban al yacente, que respiraba, y Avelino comentó:

— Media carrera ganada.... Yo lo había pispeao al alma atravesada éste; venía a hacerle un daño al doradillo, dejuro....

Salieron al camino, y encontraron a las tres o cuatro cuabras al caballo del correntino, atado al alambrado.

— Vos trai el sombrero, gurí....

Ellos tomaron el cuerpo por los pies y por abajo de los brazos y lo llevaron cerca del caballo que sentaba y bufaba espantado.

— Con el relente 'e la noche, se le va a pasar.... Tienen muy dura la cabeza estos bichos.... Ven como resuella?...

Volvieron los tres, callados.

No se pudo correr la carrera, por estar enfermo el corredor. Cuando Maidana cobraba los quinientos pesos del depósito, sonreía:

— Media carrera ganada.... había adivinao.

A la vuelta, en su rancho, — no quiso jugar ni un peso a nada, — contaba las libras y le decía a la patrona:

— Le ganamos sin correr, con la presencia no más.... Pero no atamo más carrera aquí. Hay que dirse, lo mesmo que si hubiéramos perdido.... Les ha quedao el lomo ardiendo.... Yo digo siempre: no es la plata lo que vale....

Y salieron los tres a mirar al doradillo que relinchaba, como si apreciara su importancia.

JUVENTUD

HABÍAMOS ido a ver a Rogelio Suárez, aquel misántropo pesimista, absurdo misógino, a quien queríamos tanto en recuerdo de nuestros buenos tiempos, de nuestros heroicos tiempos de bohemia.

Eramos todavía jóvenes: veintisiete, ventiocho, treinta años.

Riendo, haciendo chistes, proponiéndonos sorpresas para el loco de Rogelio, marchábamos por las calles. Alguien recitaba un soneto lírico, y no faltó quien recordara la última barbaridad de nuestro amigo: había dejado inopinadamente a su novia, muchachita sentimental, que se suicidó una semana después...

Arévalo propuso que compráramos bebidas; nos opusimos; el juró por Baco y por Verlaine, intentó meterse en un boliche, pero aunque había algunos que por sus ideas filosóficas, según lo expresaban irónicamente, no se podían oponer, se impuso la mayoría de abstenios.

Llegamos al cuarto de Rogelio, en aquella vieja y sombría casa de inquilinato donde habitaba. Nos

recibió con sonrisa afable, ya que poníamos algo de vida en el cuartujo oscuro, al que la vela no prestaba más que una acuosa transparencia de penumbra.

Todo allí era triste y miserable. Visible el descuido, el abandono que rodea a las personas inmobilizadas en un no pensar de abulia, para evitar el dolor que ronda el alma.... Se despegaban de las paredes amarillentas, llenas de telas de araña, algunos grabados; un espejo redondo abría su ojo vacío e inexpresivo sobre un lavatorito de hierro; la cama, en un rincón, parecía esconder su pobreza; pendían ropas de los clavos de la pared y en la mesa de pino, sucia, quemada de los « puchos » de cigarro, se confundían revistas, libros y papeles....

Había falta de aire puro, de libertad; oprimía realmente aquello. En consecuencia, invitamos a salir a nuestro amigo.

— Vamos, che. Estás aquí como en una cueva....

El nos miró y como si sus frases se volvieran moles enormes que cayeran sobre nuestras almas, dijo, en un cansancio contagioso:

— Y a dónde?... Y a qué?...

Y en su mirada opaca e indecisa, había flotando un misterio desolante....

Pronto nos olvidábamos, entonces, del dolor ajeno....

Propusimos tomar mate y no había ni yerba, ni kerosene para el primus. Nos « cotizamos ». Salieron dos compañeros decididos y conjuntamente con algunas provisiones y los menesteres del mate, se trajeron la caña que antes no pudieran comprar: ahora se

había aceptado el proyecto por aclamación y por unanimidad.

La conversación giraba con todos los matices. De la literatura o de un abstruso tema psicológico se saltaba a las mujeres y al hablarse de novias no sé quién, dirigiéndose a nuestro visitado, le aventuró una escabrosa pregunta.

— Che.... Y al fin, qué fué lo que pasó con aquella?

Nos pareció indiscreta la interrogación. Debíamos terciar desviando el asunto.... Rogelio había enmudecido; estaba más pálido. Intentó hablar y le estranguló un sollozo....

El silencio nos inmovilizó como una aparición misteriosa, y nos vimos bajo una nueva luz. — Al detener el pensamiento, al ahondarlo sobre aquel punto, descubrimos las crudas realidades, tan cercanas, — aunque ignoradas, — que nos rodeaban, en una analogía al viajero frívolo que, un día, se detiene en su antiguo camino a admirarse de las eternas cosas — inéditas para él — por las que había pasado sin repararlas, sin imaginarlas siquiera....

¿A dónde había emigrado toda aquella ruidosa alegría de nuestra juvenil despreocupación?...

Sentados en la vieja cama, en el baúl, en las sillas, mudos, tristes, en la tiniebla de aquel cuartujo, parecíamos una viva ironía a la vida....

Le ofrecieron agua a Rogelio y él alargó la mano a la botella de caña y bebió, bebió, ávidamente. Luego

encendió un cigarrillo y con la cabeza entre las manos, en la sombra la cara, — que se iluminaba al aspirar el cigarro, — empezó a hablar con una voz emocionada y queda, cortada a veces por suspiros de angustia, mojada en lágrimas....

— Locos de nosotros!... Estamos perdidos.... Hemos encendido nuestro cirio al viento y éste, lamiéndolo, lamiéndolo, como en una caricia, lo ha consumido.... No tenemos a quién reprochar, a quién pedir cuenta de nuestro buen oro arrojado al arroyo.... Hemos dejado que nuestra tierra fértil fuese ganada por la cizaña, por la mala hierba,... Y hoy, ya ven ustedes, yo me desmorono como una casa vieja!... Soy un vencido!... Un fracasado!... Ya no me levanta nada!...

¡Cómo no iba a dejar a mi novia! ¿Qué iba a hacer?... Viejo de treinta años, incapaz de un ensueño, de una locura, de un gesto, de una hombrada!...

Por ahí está nuestra vida, la flor del entusiasmo, y el vigor de la virilidad; por esos cafetines sucios de alcohol y de humo, por esos burdeles hediondos a perfumes baratos, a amores de mercado.... Los hemos arrojado tal unos poseídos que ofrecieran su entraña para pasto de hienas!... Nuestra juventud! que en vez de culminar en el hecho grande o heroico sólo merece dar trabajo a la pala de los barrenderos....

¡Nos divertíamos!, sonrió amargamente.

— Yo me quería engañar!... Bah, cosas pasajeras: las farras, el trasnocheo, la bebida.... cuanto me ordene un poquito...! y el médico, cruel como la verdad, me cortó en vilo el optimismo cándido: — No, mi

amigo, ésto se acabó, ésto se fué!... Y ustedes comprenden.... ¡Ya no era un hombre!... Primero, me iba a matar y, fuí cobarde..., no me animé..., cuanto más abajo cae uno parece que es más fácil el elevarse.... Ahora espero lo imposible.... Y me voy gastando, gastando, gastando....

¿Qué le iba a decir a la muchacha.... Pasé por un canalla, por un desalmado, pero me creerían hombre todavía.... Ella se mató, la pobre, fué heroicamente loca! loca! le puso eso de grande al amor, a la vida, que nosotros no hemos sabido ponerle.... Y yo fuí tan miserable que creo que me alegré en mi egoísmo de impotente!

Rogelio levantó la cabeza; por su cara vieja de mil años, corrían, silenciosas, las lágrimas....

Y se sucedió uno de esos momentos eternos, horribles, de dolor inolvidable, en que todos, mudos, con el miedo tenaz de herir al aventurar una frase, callan, callan!... en un vacío insondable donde caben siglos....

Tras un parpadeo se extinguió la vela....

A través de los cristales sucios entraba la verdosa lividez de la madrugada....

LOS «GURISES»

DALMIRO Butiérrez era peón del establecimiento «La media agua» cuando en uno de sus viajes al pueblo conoció a Candelaria, la hija de la vieja curandera doña Pancha Medeiros. El rancho de ésta distaba tres o cuatro leguas de la estancia, y una tardecita en que él pasaba por el camino, sintió que una voz de mujer lo llamaba en desesperante ruego.

— Don, don!...

Volvió la cabeza, extrañado, y vió una muchacha desgredada y llorosa que le hablaba entre sollozos:

— Mama Pancha se ha caído, don, al lao del manantialcito y yo sola no la he podido levantar.... Debe haberse hecho algo porque se queja.... Haga el servicio....

Se tiró Dalmiro del caballo y mientras la muchacha lo guiaba por entre un doble cerquito de madre selvas y achiras, la observó: flaca, alta, cobriza, apenas las turgencias de la pubertad se le insinuaban bajo los

vestidos humildes; con el pelo alborotado tenía algo de bello y de salvaje, como un animal hurraño.

Como a los cincuenta metros, junto a un sauce llorón, estaba el manantial y allí al lado, tirada, inmóvil, una mujer gruesa, medio vieja....

Por decir algo, habló Dalmiro:

— Y cómo jué?

La yacente abrió los ojos, se quejó largamente, y como si quisiera tranquilizar a su hija, explicaba:

— Un refalón.... uno es medio pesadona.... pisé una piedra que tenía mugo y me juí de lao.... Me duele un poco la pierna, no me puedo parar y m'hija, la pobre, por más que ha hecho, no ha podido.... como uno es medio pesadona....

— A ver si la sentamos, doña....

Y el gauchito la enderezó un poco mientras ella gemía.

— Y pararse no podrá?

— No, que debo estar destroncada.... por lo menos muy sentida 'e la pierna.

La muchachita estaba parada, indecisa, con sus ojos llenos de lágrimas, mirando agradecida a Dalmiro, y éste, tras cavilar un poco, expuso su plan de acción.

— Mire, mocita, vamo a trair algo en que subirla: un cuero, una carona, y la arrastramo hasta las casas, sino no vamo a poder y cai la noche.

La vieja indicó el sitio donde estaba un cuero con que cerraban la puerta de la cocina en invierno.

Trajeron el cuero y unas colchas y cojinillos; los colocaron como una cama en el suelo e hicieron dar

vuelta a la pobre mujer que no podía contener los gritos de dolor, y después, mientras Dalmiro tiraba despacito, lentamente, la muchacha sujetaba a su madre por la espalda.

Sudaba el paisanito y sonreía y no pudo menos que reír la compañera ante la escena que resultaba tan cómica. Lo que les costó más trabajo fué subirla a la vieja cama de fierro que rechinaba bajo las diez arrobas y pico....

— Cómo le quedamo agradecida, mozo....

— No hay de qué, — moduló Dalmiro, mientras con la palma de la mano se secaba el sudor de la frente.

— Dale un trago 'e caña, m'hija.... Arrimale un banco....

La muchacha, callada, tímida, le había servido la caña a Dalmiro, había encendido una vela de sebo, y se perdió en la penumbra del rancho, como ocultándose.

Y el gauchito, agradecido, tomó la bebida y se ofreció todavía para cualquier cosa.

— Muchas gracias, le decía la vieja. Remedios tenemos, somos del oficio, por cuando se le ofrezca. Me toqué y no debe ser nada; con unas fletaciones de grasa 'e lagarto me v-i-a componer pronto.

Se quedaron todos callados hasta que Dalmiro, como despedida, pronunció un:

— Ta güeno, me v-i-a dir, entonces.

— Ya sabe, una casa a sus órdenes.

— Gracias.

Y cuando salía, vió sobre un estante en la pared una acordeón, y comentó:

— Les gusta la música? Yo también soy un poco aficionao y me v-i-a venir pa ver como sigue y entre tenerla un poco.

— Como no, le aceptó doña Pancha.

Y la muchacha acompañó a Dalmiro. Este al salir la miró y le dijo despacio:

— Creo que vamo a ser amigo.... cómo se llama?... Y le alargaba la mano.

La chinita le dió la suya y le articuló quedo, bajando la vista:

— Can de la ria....

Candelaria, Candelaria.... pronunciaba Dalmiro en tanto apuraba al matunguito, al que le había hecho bien el imprevisto descanso.

— Como no v-i-a venir, remató su pensamiento que seguía fijo en las nuevas amigas.

— Lo que son las güeltas de la vida: tantas veces que pasé frente a este rancho....

Antes del domingo, una tarde, se dió una vuelta a ver como seguía doña Pancha. Lo recibieron muy contentas. Se mejoraba la anciana curandera y le recordó a Dalmiro la promesa de la música.

Tenía la tarde esa vaga tristeza melancólica de nuestros campos del norte. Son enormes y llanas las extensiones de tierra; tienen escasos bosques, y las sábanas verde-amarillentas de los pastizales parece que se quejan cuando cruza el viento.

Con pocos temas y terminados en su iniciación....

— Trabaja pu-aquí?

— En « La media agua ».... soy mensual....

— Ah....

— Mira pa juera?, Candelaria....

—

— Ya andará noviando?...

Y la vieja terciaba, sentenciosa:

— Deje, Dalmiro, no ve que tuavía no ha emplumao y pájaro de ala pelada en cuanto vuela se cai....

....Vino bien, pues, el recurso de la acordeón para alargar la visita, aunque la continuidad de los aires melancólicos parecía hubiera traído toda la pesada tristeza de los campos.

— Toca lindo....

— Así nomás....

Volvió Dalmiro el domingo; siguió viniendo, y cuando daba vuelta en el magín la idea de pedirle relaciones a Candelaria, en quien empezó a descubrir secretos encantos, doña Pancha le salió al cruce.

Se había animado a cantar aquel día y aunque hubiera preferido hacerlo con la guitarra, consiguió dar expresión a sus décimas de amor.

En una de las veces que la indiecita fué a la cocina con el mate, la vieja lo interrogó:

— Usté gusta 'e la muchacha, Dalmiro?...

El la miró, levantó la vista al quinche de paja del rancho, observó si aquella lo podía oír y se resolvió a contestar afirmativamente con la cabeza.

— Hum....

Volvía Candelaria. La mandó no sé a qué la curandera y prosiguió la plática:

— Y, le ha dicho algo?...

— Tuavía no.

— Güeno, continuó ella, ¿ quiere que lo deje solo pa hablarla? — y antes que el paisanito reaccionara salió para afuera.

Al momento entró la muchacha que reflejando la irresolución de Dalmiro, pronunció apenas perceptiblemente:

— Mama me dijo que usted me quería hablar.

El cruzó la pierna; trenzó sobre ésta, bajo la rodilla, las manos entrelazadas y tartamudeó:

— Es verdá.... — Tragó saliva, como si se le hubiera atragantado lo que iba a hablar y levantándose, al darle la mano:

— Mire, Candelaria.... las.... las mujeres se entienden mejor.... mejor es que se lo diga ella — y ya fuera de la puerta, gritó:

— Doña Pancha!

Venía doña Pancha zarandeándose como una pata, sonriendo maliciosa:

— Y d-i-hay?

— Es difícil la cosa.... Yo le iba a pedir que le dijiese usted.

— Decidido el mozo.... Si yo ya había desconfiao

y ella también.... Vengo a tener un hijo nuevo entonces....

Dalmiro sonreía. Se fué hasta el caballo y le apretó la cincha, y sin mirar a la curandera habló:

— Güeno, v-i-a venir mañana p'arreglar todo.

Le dió la mano a la vieja, que llamó contenta:

— Çandi, salí, pues, a despedirte 'e tu novio....

La chinita toda ruborizada se asomó. Dalmiro la saludó muy grave, montó a caballo, y le dió dos o tres chirlos al matungo, como desquitándose de todas las intensas emociones que lo estuvieron torturando en aquellos momentos interminables.

Volvió con algunos pesos. Compraron lo indispensable. Agrandaron un poco el rancho. E hizo nido el gauchito.

Pasó el tiempo. Su mujer le dió un gurí, después otro y otro.

Entre tanto murió la vieja curandera.... El dueño del campo donde estaban les intimó el desalojo y se tuvieron que ir a hacer el rancho frente a una portera que daba a la estancia.

Dalmiro se fué a tropear: su sueldo de mensual no le daba para las necesidades siempre crecientes de la familia; su mujer ayudaba en la estancia y lavaba la ropa. Mal alimentada, trabajando a matarse, cuidando los hijos, se enfermó.

Ella creía que era pasmo. Con fiebre, hubo de tomar cama; pero, sola como era, sin nadie que la sus-

tituyera en los quehaceres, y con los muchachitos llorando a su lado, le fué preciso levantarse. Naturalmente, recayó.

Cuando volvió Dalmiro la encontró muy mal; apenas si pudo alcanzar sus últimos momentos, la amorosa recomendación de sus hijos. El hombre quedó como alelado: ¿qué hacer con las criaturas, sorprendidas, junto a la pobre yacente?

Había que resolverse a algo. Imposible ir él a la estancia; no podía dejar « eso » solo: mandó al más grandecito.... Prendió una vela y pensó adolorido:

— Que l' i habré hecho a mi Dios!...

Se arrodilló al lado del lecho y le dijo a los hijos:

— Hinquensén, m'hijos.... así....

Llegó gente de la estancia. Vino hasta la señorita. Ayudaron con tan buena voluntad que Dalmiro no sabía como agradecer.

Los crudos momentos pasaron como en un zumbido de su pobre cabeza simple. Parecía que las ideas se le hinchaban dentro del cerebro hasta hacérselo doler, y eran dos o tres pensamientos centrales que nacían punzándole, insistentes, tenaces, repetidos....

A la vuelta del cementerio se despidieron, dejándolo solo, los que acompañaron « la finadita ». Algunos vecinos, los peones de la estancia, otros conocidos....

Sin pensar, atribulado, veía y oía todo como si su volición fuera también muerta.

.... Y los miró alejarse cual si todavía le llevasen algo más....

La señorita se había ofrecido para cuidar a los pobres « guachitos ». El padre los acompañó a la estancia y a pesar de los reiterados pedidos de que restara allí, no aceptó; a las preguntas de para que iba a volver solo a su rancho, el caviló:

— Pa qué?... Pa qué!... Aquello no se preguntaba....

Cuando, al tranquito de su matungo, llegó a su rancho, estaba oscuro. Desensilló, le dió agua al caballito, y al entrar en la habitación se sacó el sombrero.

— Le preguntaban pa qué venía!... — Y él no podía explicarlo, pero sabía que era para sentir más hondo, más consigo mismo, aquel gran dolor de su vida!

No podía llorar. Estaba inquieto. Agarró la acordeón que pareció gemir tristemente. Después salió afuera y miró las luces de la estancia, donde estarían, quizá en vela, con los grandes ojos abiertos en la sombra, los huerfanitos....

Allá anduvieron los muchachitos como perdidos, yendo de la cocina al patio y al galpón como unos perritos miedosos, sin animarse a preguntar, a pedir la « mama ».

Parecían comprender. Callaban....

Dalmiro se acostó. No pudo dormir. Como si tuviese fiebre revivía vertiginosamente toda su vida: el

encuentro con la que había de ser su compañera, « la patrona »; el nacimiento de los hijos; las escenas de todos los días; aquella vez que los muchachos hacían chillar la portera y se hamacaban en ella, y le pareció debía gritarles:

Diego, Pedro, Dalmiro, canejo!... Jueguen no más con lo ajeno, diablos!...

Y se le volvió a enternecer el alma como aquel día:

— Pobrecitos!

Se daba vueltas en el recado, en la cama improvisada, ya que no quiso acostarse en el viejo lecho. No había que hacerle, no podía dormir. Se levantó; salió, y miró el cielo. Habían pasado las horas.

— Prontito vienen las barras del día — murmuró, viendo en el oriente diluirse en un gris perlado el cielo azul.

Brillaban aún las estrellas.

Juntó unas charamuscas y entró a la cocina a prender fuego. Calentó agua y empezó el mate.

Se cansó de tomar el amargo.

Estaba molido, más que si hubiese galopado todo un día.

Todavía lo ahogó un suspiro cuando insistía con sus ojos en el cielo, que se aclaraba, como si esperase algo de lo alto.

Se quitó el sombrero, y le hizo bien la brisa fresca y dulce que le acarició la frente ardorosa.

Los pensamientos siempre tenían la raíz en la muerta....

Miró hacia la estancia:

— ¿ Dormirían los inocentes? pobrecitos!...

Por allá abajo, en la cañada, se perdieron tres sombritas; después las vió aparecer de nuevo rechazando la loma; más tarde, en la claridad matinal, los distinguió claramente: tres sombritas, mansas, caminando despacio, juntos, de la mano, venían « pa las casas »: eran los « gurises.... ».

Entonces lloró.

LOS RAYOS X

APARTADOS del bullicio de la fiesta, en el amable ambiente de un saloncito lejano y silencioso, — Gualberto de Golons y yo, — bebíamos con la delectación de dos refinados.

Nunca más propicio momento para las confidencias.

El me narra su extraña historia :

« — Creo que fué un poeta francés, Jean Arthur Rimbaud, el que tuvo la intuición del color en las letras.

¿Es maravilloso, verdad? Imaginémonos un soneto armónicamente multicolor; un madrigal de tonos frescos y suaves, como una oriental pintura de abanico; el claro y luminoso esmalte de una égloga....

Un libro sería un tapiz de Oriente; un rosetón que se abre en rosa de colores sobre la densa penumbra del templo; un friso de Egipto; la caparazón metálica de un insecto....

Existe una sutil relación de afinidad entre el color y la emoción. Yo gusté ese quintaesenciado refinamiento y fui aún más lejos. Sentí, con el ritmo, el

color de las frases: un ameno « causeur » pinta sobre el lienzo impoluto del silencio un cuadro fantástico y elocuente: claro como una « Primavera » de Botticelli o tétrico cual un « capricho » de Goya. Después me remonté a los espíritus y los contemplé a través de sus envolturas corpóreas: los descubrí diáfanos, azules, matinales, o grises, torvos, ásperos....

Era un espectáculo fantasmagórico y bello el desfile de las almas.

Como yo había hecho profundos estudios psicológicos, me quise convencer de que aquella propiedad, casi intuitiva, era el resultado de mis condiciones de observador; pero, destruía mi suposición, la evidencia precisa que demostraba para distinguir y catalogar a los desconocidos.

Con usted, por ejemplo, tengo afinidad; su alma, como la mía, es policroma....

En ese entonces, en procura de emociones, fui hasta el anfiteatro de un hospital, en compañía de un médico amigo. Yo había explicado a éste mi fenómeno, que definía en mí una desconocida sensación.

En la apología que de Raymundo Sabounde hace Montaigne, habla de un sentido embrionario que pudiera ser el sexto, y que es el que nos permite sentir lo que consideramos sobrenatural....

Utópica o verídica la idea, yo sentía, como siento, la inédita actividad de un nuevo sentido.

Con mi amigo, el médico, examinamos a varios enfermos.

Hubo que someter a un paciente a la luz fantástica de los rayos Röntgen: dieron corriente eléctrica a la máquina; irradió la pantalla: se dijera que había saltado del misterio la armazón ósea del pobre hombre. Cuando cesó de maniobrar el aparato, yo continuaba viéndolo de la misma singular manera; como estaba de espalda distinguía precisamente las vértebras de la espina dorsal, los omoplatos lisos, las costillas convexas, el occipital....

Se me ocurrió que aquello se debería a un efecto de continuidad de visión y no quise exponerme al ridículo, manifestándolo.

Mi amigo, el médico, me hablaba. Al contestarle, observé su rostro y en vez de verle como de costumbre, descubrí su cráneo mondo, las cuencas vacías de sus ojos, las fosas nasales negras.... Aquello me produjo una impresión terrorífica y repugnante; hubiera apartado la vista de la visión espantosa, pero mi amigo me volvió a hablar.

Horrorizado, y sin atinar a nada, reparé en una muela orificada que brillaba en su dentadura agrietada y le hablé de ella, tratando de disimular la horripilante escena.

El, entonces, se preocupó visiblemente de mi objeción intempestiva y quiso averiguar su porqué. — Callé que, como un rayo de sol a un cristal, le traspasaban mis ojos videntes.

Creí que alejándome de allí podría evitar aquel inquietante miraje de pesadilla, y, pretextando una

necesidad urgente, salí del hospital a prisa, como escapado.

En la puerta un esqueleto me hizo una reverencia. Fui a ascender a un tranvía y me detuve cohibido: guardando las distancias, como en una vitrina de museo, armazones óseas de todos tamaños ocupaban los asientos: conservaban un equilibrio inverosímil, rígidos, indiferentes....

El tranvía se alejó con su carga fúnebre....

Me acordé que aseguran los naturalistas que algunos insectos del orden de los libelúlidos poseen la virtud de la doble vista.... Convencido de que eso me ocurriría temporalmente, quise olvidarme de la obsesión.

Llamé a un taxi, y me extrañó sobremanera que aquella figura de hueso del chauffeur me entendiese. Le di instrucciones para que prestara la mayor prisa posible al automóvil; quería huir de aquel fantasmagórico espectáculo de pesadilla.

El viaje fué un delirio trágico y vertiginoso; como una carrera desenfadada, loca, fantástica, por las calles de una ciudad de esqueletos animados de un dinamismo espantoso.

Corríamos entre personajes de hueso, que, a veces se volvían, ensayaban una sonrisa horrible que les descoyuntaba las mandíbulas, hacían reverencias, alzaban los brazos sin carne.... ¡ Me parecía oír el ruido espeluznante de los huesos que chocaban, como en un embrujado aquelarre, y revivía las tétricas danzas ma-

cabras que nos relatan los viejos códices del medioevo!

Llegué a mi casa; dejé caer, medroso, unas monedas en la mano descarnada del chauffeur, y me encerré, dando orden de que no estaba para nadie.

¡Hasta mis criados habían uniformado sus personalidades! Sólo les diferenciaba por la estatura....

Deténgase a pensar un momento en mi vida desde aquel instante; es sencillamente torturadora; mientras estoy despierto, ¡hasta con los ojos cerrados, veo el cuadro cruel!

Es verdad que veo también las almas y que esto neutraliza con su color el alucinante desfile macabro; pero es demasiado fuerte para mis nervios y mi cerebro familiarizarme con tal pesadilla....

He intentado ir al teatro, y al entrar, cuando se ha hecho ese silencio que precede al elevarse del telón, he recorrido la sala — con la vista — y he huído de aquel mar de cabezas amarillas y vacías.... y, porque allá, más lejos, en el escenario, una parodia humana, mal compuesta de huesos sucios, lanza frases o gritos, automáticamente, como un gramófono.

Piense usted en el efecto que me producirán en el salón de baile las parejas de esqueletos en el torbellino de un vals.

Esa es la razón de haberme alejado de allí....

Ahora pienso concretarme a estudiar el cerebro....
Quien sabe que revelaciones asombrosas sobre la gé-

nesis del pensamiento me va a hacer esa masa gris y untuosa, que elabora la idea, incuba el genio y crea los héroes, — bajo la caparazón de galápago del cráneo.... ».

Yo sentía la mirada glacial y penetrante de Gualberto de Golons, acariciándome los huesos, como si un helado contacto de acero fuera desnudando, implacable, todo mi esqueleto....

LA MAESTRITA

LUEGO de improbables viajes, de antesalas bochorosas, de tarjetitas de recomendación, de algunas lágrimas, apenas disimuladas, conseguía la señorita de Ximénez su puestito de maestra allá por un lejano departamento del interior.

Vanos habían sido todos sus esfuerzos por quedarse en la capital: su cortedad, su natural timidez, ya le ponían una traba para conseguir puestos de preferencia en los concursos, y después no le ayudaba su figura magra, su palidez, sus ojos tristes. Con su sonrisa dolorosa no era capaz de arrancar promesas a aquellos señores a quienes iba a ver y que parecían tan gravemente preocupados en transcendentales problemas. Y hubo de dar gracias al cielo cuando la seguridad de aquella plaza le garantía la vida de su vieja madre, de su hermanita menor, de la suya misma.

Algunas colegas, « cerradas como un adoquín », pero con bellos palmitos, estaban tan bien ubicadas! sin poseer ni la más elemental condición, y ella —

inteligente y aprovechada — hubo de aceptar el único refugio de su miseria en un rincón tan apartado, donde se moriría de hastío, de tristeza y de olvido....

En la estación, aturdidas por la algazara de los viajeros apresurados; de los « changadores » que gritan; de las zorras de los equipajes arrastradas ruidosamente por los mozos del ferro-carril; del voceo agudo de los vendedores de diarios, ganaron su wagón polvoriento, calladas, tímidas, como si temieran que a último momento una orden superior — que no sabían de donde podía venir, — las mandara quedar, comunicándoles que ya no tenía efecto aquel miserable nombramiento....

Cuando tras el último silbato arrancó el convoy, ella y su madre rompieron a llorar, y la hermanita se le aproximó más, cual si presintiera un peligro.

Al fin, pensaba, era también una suerte aquello.... Por allá trabajaría tranquila; tenía amor a su profesión y viviría dignamente con la anciana madre y la pequeña.

Para ésta, todo era novedad y distracción; vieron desaparecer el cardumen de luces de Montevideo, la herradura de puntos luminosos de los focos de la bahía, después el parpadeante ojo del Cerro, y esfumarse más tarde la niebla anaranjada que en la noche flota sobre la ciudad....

Cuando llegaron a X, aún les restaba la última etapa del viaje: una jornada en diligencia.

Hubieron de madrugar, de atravesar el pueblo dormido, muerto, y llegar a aquel gran corralón donde

ya se encontraban listos los caballos, atados al enorme vehículo pintado de amarillo y verde.

Se acomodaron dentro, junto a las ventanillas del pescante, que eran mejores « pa no mariarse », según la frase del mayoral. Fueron llegando los otros pasajeros: alguna negra sirvienta, que volvía a la estancia de los patrones; algún hacendado a la antigua, que no tenía auto; un comerciante que había hecho el surtido; dos trabajadores que llevaban su botella de caña....

Habló aquella gente de la hora, del tiempo que iba a ser caluroso, se despidió de los que restaban, y arrancó el vehículo entre el argentino tintinear de un cencerro y los gritos y silbidos del mayoral, al azuzar las bestias.

Cuando salieron del pueblo una brisa fresca y limpia les acarició el rostro; en el cielo un rosado tenue coloreaba las nubes.... Se encontraban en el camino con los carros de los lecheros y los verduleros.... Los árboles de la lejanía, los ranchos, las colinas caprichosas, tenían un finísimo perfil de oro luminoso. El pasto se movía con fulguraciones cambiantes.... De unos charquitos, junto al callejón, se levantaron con su clamoreo bisilábico los terutereros vigilantes....

Traqueteaba la diligencia; el mayoral decididor enhebraba un cuento; algunos pasajeros dormían; el sol se quebraba en la botella de caña que ya había hecho más de una gira entre los hombres.

Del lomo de los caballos se levantaba un humito azulado, y se veía volver la cabeza al muchachón

« cuarteador » que, montado, iba al frente de los demás caballos guiando la « cuarta », larga trenza de cuero, que acortaba o distendía, haciendo eses continuas y rápidas, según las exigencias de la marcha, para evitar las piedras y los baches del camino.

El mayoral pintoresco le gritaba órdenes semijocosas y restallaba un largo látigo flexible que hacía apresurar el trote cansino de los animales.

Llegaron a la posta, a cambiar la « muda » por los caballos que ya aguardaban en el corral del postillón a quien, desde lejos, con unos agudos, guerreros toques de clarín, se le había dado el aviso de la llegada de la diligencia..

Allí se « mudaban » por los frescos, los caballos cansados, que quedaban revolcándose en la tierra y salían despacio, como « embarados », para adentro de los potreros, mordisqueando el pasto....

Esto sucedió cantidad de veces, cada cuatro o cinco leguas....

El sol calentaba reciamente. El camino igual, monótono, tenía a un lado o a otro un rancho escueto con un ombú, o un « boliche » blanqueado de cal, donde el carromato se detenía a dejar correspondencia. Se distinguía, a veces, la masa oscura de una estancia con su arboleda; un cementerio triste, con sus cruces negras.... En los palos de los alambrados, que corrían paralelos al callejón, las lechuzas giraban sus cabezas desgonzadas, hiriendo el mirar de sus hipnóticos ojos....

....Pasaba un viejo, un chico a caballo, dos o tres carretas chirriantes, lentas, al tardo paso de los bueyes,

a los que con la larga picana de caña tacuara tocaba — como en un movimiento automático — el carrero, que silbaba y movía la cabeza saludando la diligencia que se alejaba entre una nube de polvo.... Éste hombre bronceado, flaco, melancólico, sin dejar de guiar los bueyes, volvía a mirar instintivamente y continuaba la pausada marcha, con su perro, que iba, la lengua afuera, al lado o abajo, a la sombra de la carreta....

Pequeños remolinos de viento levantaban trombas de tierra y estrellitas doradas de las flores de cardo, secas.

Pasaron el primer arroyo con su montecito verde, con su agua clara, con los pajonales oscuros y los juncos, con los terutereros alborotadores. Después de allí apareció el almacén, cercano al colegio a donde iba la señorita maestra.

Por consejo del mayoral compraron carne y otras cosas necesarias, y al cuarto de hora se detenía la diligencia frente a la escuela. Ya venían menos pasajeros, y el calor había menguado. Se despidieron de los compañeros de viaje y del mayoral, que les gritaba al emprender la marcha:

— ¡Hasta la güelta!

Miraron perderse, por el camino, la diligencia, y sintieron la angustiada soledad del campo, lleno de la melancolía del crepúsculo.... De una de las habitaciones había salido una negra vieja. Ella era la « piona » de la otra « maistra », y se ofrecía. Se aceptaron sus servicios.

Hubieron de comer de cualquier manera y dormir

en el suelo, sobre los colchones, que era lo único que trajeron consigo.

Y al otro día, después de la mala noche llena de miedo, en que no pudieron conciliar el sueño, pese al cansancio, miraron la vieja casa de madera carcomida, de un sucio color de pizarra, llena de rendijas por donde se colaba el viento; los techos eran de zinc, y en una habitación había un mal piso y cielo raso de tablas de cajones. En el patio daban lástima cuatro o seis arbolitos desmedrados y se alzaba, mezquina, una enramadita de mataojo reseco, con las ramas de un amarillo tostado, donde hacen nido las calandrias.

La sala del colegio tenía el piso de tierra y señales de que corría por allí el agua de las lluvias....

La morena vieja explicaba:

— La otra maistra se tuvo que dir porque nunca le arreglaban la casa, y como tenía hijos chicos....

El paisaje era desolado: el campo pajizo que se hacía tan triste de tardecita.... Unos cerros de piedra mora, bajos, con arbustos espinosos y tunas de higos chumbos.... Allá a lo lejos la sombra verde oscura del monte que señalaba el arroyo, la nota clara de alguna casa lejana, y aquel camino rosáceo amarillento que pasaba, — que pasaba, sí, — pues daba la fría impresión de venir e irse, arrastrándose, como una cosa viva, indiferente a las pobres vidas humildes, que, a su lado, quedaban silenciosas, como estancadas....

Hizo notas la señorita de Ximénez, comunicando a los vecinos la reapertura de la escuela, y hablán-

doles de la necesidad y el deber de educar a los niños; un periódico de la capital del departamento las transcribió con honrosos comentarios. Y a pesar de aquella un poco forzada inscripción de alumnos para sumar el número reglamentario, apenas si concurrían a clase quince o diecisiete niños y niñas.

Unos indiecitos que, sin medias, con las humildes alpargatas marrón, venían en un petizo; el « casalcito » de rubios, hijo del chacarero de la estancia de « La azotea »; unos brasileritos a quienes costaba un triunfo enseñar a hablar, los hijos del capataz de otra estancia, que traían pedazos de carne asada, envueltos en fariña, manchando de grasa los cuadernos.

Con cuánto amor, con cuánta dedicación moldeaba la « maestría » aquellas incultas almas, aquellos cerebros instintos! Y cuánta alegría al notar algún chispazo de precoz inteligencia en los muchachitos de cabezas hirsutas, en los queridos gringuitos rubios de cara dorada y narices relucientes, peladas por el sol terrible.

A veces la maestra tenía que ser un poco madre: recortarles el pelo, coser la camisita de alguno.... Pero los chiquillos, los inconscientes, que apenas querían a « la señorita », le hacían largas « rabonas », y se aparecían después con las lecciones olvidadas, y para desarrugar el ceño de la « maestra » con sus ofrendas campesinas: unos huevos de avestruz, algún cachorro de animal silvestre, frutos del monte o, más tarde, un « charaboncito » que silbaba, silbaba, triste, largo....

Las distracciones más comunes eran el paso periódico

de la diligencia que le traía diarios, noticias; la alegría del mayoral, preguntándole si se había « agenciado novio », u ofreciéndole quintos de la lotería....

El Inspector de escuelas pidió un informe a las maestras rurales para su memoria de fin de año, y la señorita de Ximénez redactó un memorándum sobre la asistencia y mejor organización de los colegios de campaña, el que, con el consiguiente cambio de firma, hizo lucir al « correcto e inteligente funcionario.... ».

Más adelante recibió una comunicación anunciándole la próxima visita del Inspector General, quizá también del Ministro, y una carta confidencial en que el Inspector Departamental le indicaba la conveniencia de que enseñara a alguno de los discípulos a recitar el último discurso de S. E. sobre la influencia moral del maestro y del concepto noble, superior y digno que merecía a la sociedad.

Ella enseñó, día tras día, como a un papagayo, a un gringuito inteligente, el discurso retórico y aparatoso del Excelentísimo señor.... Vió como vinieron unos carpinteros a refaccionar a toda prisa la sala del colegio y las bancas; recibió una bandera nueva, un escudo nacional....

Y el día anunciado llovió, los caminos se pusieron más malos que de costumbre, y el Ministro no llegó hasta allí. Ella se quedó con unas « palabras » preparadas, con unas flores, difícilmente conseguidas, que se fueron ajando; con sus muchachitos curiosos, trajeados de fiesta, que todo ese día sin labor estuvieron asomándose al callejón en la espera inútil....

Había cifrado tantas esperanzas en aquella visita!... Ahora otra vez quedaba abandonada, sola, viendo como sus informes cambiaban de nombre, como sus discípulos raleaban, como su gringuito inteligente se quedaba en su chacra a ayudar al padre, pues ya era grande, y como el gris y la tristeza y la soledad le irían secando el alma, la juventud, ya agostada en un estéril sacrificio, que nadie apreciaba, que nadie sabría.... Sin una rosa de esperanza, sin una rosa de amor!...

Mirando aquel camino repetía, cual en una obsesión, el discurso del Ministro, que, de tanto enseñarlo, se le había grabado en la memoria:

« Señores: El maestro es el crisol donde se funde el alma de la nacionalidad.... ».

....Mirando, — con los ojos empañados de lágrimas, — mirando aquel camino que producía la sensación de pasar ciego, indiferente a las pequeñas vidas humildes que restaban a su vera silenciosas, estancadas, muertas!...

32.584,007

ERA por el año 2500. Ya existían entre los hombres muchos ejemplares de acero, grises y automáticos, de músculos metálicos y organismo mecánico, como predijo Marinetti o los soñó Villiers de l'Isle Adam.

La mujer era una cosa más, que llenaba, como una cuña, la falta del obrero del taller o del subterráneo.

Enormes bombas desinfectantes absorbían con exactos intervalos de tiempo el aire viciado de la ciudad.

Los burgueses se transportaban sobre la urbe en vagonetas especiales, que cabalgaban, fantásticas, en las ondas invisibles de poderosas corrientes eléctricas.

La sirena oficial despertaba al negro ejército laborioso por la mañana y le enviaba a encerrarse, para la futura labor, a una justa hora de la noche.

El sueño, el sol, el pan, el aire, el alcohol, el azul! se repartían equitativamente con el control de los di-

rectores del pueblo: higienistas, financieros, sociólogos....

Los privilegiados, en connivencia con un gobierno, — que emanaba de ellos, — habían instituido el servicio del trabajo obligatorio, y ya no se veían por las calles pulidas y relucientes y por las plazas de mármol, fastuosas y deslumbrantes como jardines encantados, — a los simpáticos y astrosos atorrantes y a los dulces y bohemios gorriones....

Por ese entonces, en el piso cuarenta y tres de un enorme casillero, donde se alojaban artesanos, nació un chiquillo que presentaba alarmantes síntomas morbosos.

El Consejo de Salud Social que había venido a inscribir al novel soldado, al nuevo guarismo ciudadano, a quien correspondió el número 32.584,007, dictaminó que se le llevase a la Junta de Médicos para someterle a examen.

Los sesudos hombres de ciencia, de voluminosas cabezas mondas, tras una prolija y laboriosa observación expidieron su fallo: Aquel fenómeno era un ejemplo de ancestralismo, algo como un « salto atrás » en la maravillosa evolución del hombre; probaba aquella hipótesis científicas relegadas al olvido. Era digno de atención!

Aquel montoncito de materia rosada y fofa, tenía dentro una cosa rara, una roja víscera sensitiva, palpitante, ¡ un corazón!

Se pensó en extraerle el órgano, ridículo en tal época; pero, previamente, quiso un sabio erudito, espe-

cializado en paleontología, dar una conferencia sobre el « homo sentimental », especie desaparecida, compuesta de antepasados absurdos, altruistas y sentimentales, con individuos ociosos que cantaban, — lamentables, — el dolor, el misterio, y los claros de luna!... Le exhibieron en un anfiteatro de disección, traspasado por los rayos ultrapotentes de cincuenta aparatos escrutadores.

Se resolvió conservar el curioso ejemplar, analizando el curso de su vida y sus probables complicadas y desconocidas manifestaciones.

El 32 millones y pico, contra los pesimistas augurios, se desarrolló saludablemente. Y resucitó, para asombro del mundo, un antiguo vocablo olvidado, sobre el cual había leyendas de sortilegio: *amor*. Se iluminó de ese sentimiento; amó y lo amó todo!

Sintió la dentellada feroz de la injusticia y quiso luchar contra ella. En su jardín interno el amor se volvió canto y nació con alas. con una palpitación de libertad virgen!

Aquello hubiera sido sorprendente si no fuese disparatado.

Le encerraron en un manicomio.

Logró evadirse.... y en la sombra, en el fondo de los subterráneos y sobre las más altas torres, valido de todos los recursos de la época, se dió a una propaganda furiosa, desesperada.

Conquistó muchos adherentes, infinidad de prosélitos, porque inventó un reactivo: el descontento.

Proclamó la violencia; clamaba su verba: « Existe

otro vivir ¡ yo lo anuncio! aquí dentro canta una voz augural la belleza de una futura ciudad de armonía y de amor! Es preciso destruir esto! Nada se alzará sobre los cimientos de lodo. No han de surgir los frutos de oro de las raíces podridas! ¡ Acción! »

Y la multitud, afónica de entusiasmo, ebria de un vino de revancha, clamaba su trágica amenaza: ¡ matemos! ¡ quememos! ¡ destruyamos!

Todo se llevó en una perfecta reserva. El hilo de las conspiraciones fué enredando, veladamente, los viejos organismos contemporáneos. Los guarismos (que parecían volverse hombres) obraban muda y eficazmente.

Un día estalló la incontenible explosión vengadora: empezó a retemblar la inmensa cosmópolis, como si un fabuloso movimiento seísmico la estremeciera; se derrumbaban las iglesias, las casas de banca, los cuarteles, las academias.... entre formidables detonaciones y crepitar apocalíptico.

Los burgueses con sus familias volaron en los aeroplanos; algunos, menos previsores, se dejaron sorprender y murieron.

Los químicos asalariados del estado, y los señores, hicieron, nuevamente, de la ciencia, un instrumento reaccionario: una sola descarga de gases semi axficientes inmovilizó al negro ejército reivindicador.

Bajaron los emisarios, provistos de escafandras, como los buzos, a dominar el grisú de la rebeldía.

La vida, — como quizá tantas veces, — fué más fuerte que el ideal. No pasaban muchos minutos

cuando la marea arrolladora se sometía con un hondo gruñido de rabia contenida.

Entonces, aquella enorme hidra enfurecida, quiso vengar en alguien su ira, su duro sufrir, su negra esclavitud, y recordó al 32.584,007, maldito, que les había engañado, que les había deslumbrado con la bella utopía. — Su fobia tenía que saciarse con sangre.

Los guarismos máximos creyeron, filosóficamente, que aquella sería su mejor venganza. Y desde las atalayas de sus observatorios asestaron sobre la plebeya tragedia los discos puros de sus gemelos.

El ejército negro recorría las calles estremecidas a su clamor salvaje. Un olor de crimen y de calvario les nimbaba ferozmente. Le preparaban al apóstol visionario bárbaro martirio: su carne alimentaría como un aceite diabólico los engranajes de las máquinas monstruosas.

La obscura multitud aullaba y se revolvía amenazante, pareciendo los mil anillos de una estupenda boa enfurecida.

El 32.584,007 se sintió perdido; desde la ventana de su rascacielo les miró venir. Su madre lloraba!... (aún restaban en la humanidad las benditas lágrimas de las madres!)

El se llenó de un gran arrepentimiento y de un deseo imperioso de vengarse de su utopía, de su hermoso sueño fracasado.

Sintió estremecerse aquello que llevaba dentro: rojo, palpitante, sensitivo! ¡ el gran equivocado!...

Se lo arrancó altivamente y lo arrojó, como un

pedruzco sanguinolento, a la muchedumbre aullante que llegaba con el sordo rumor de sus vociferaciones bajo su ventana....

Tembló en el aire una roja parábola imaginaria entre el soñador y el pueblo!

¡Esta es la historia del último corazón!

LA SOMBRA DEL OMBÚ

COMO Inspector de la Defensa Agrícola me tocó el año pasado hacer una gira por el Departamento del Salto. En Sopas, en un almacén junto a un paso que no sé como se llama, hube de pernoctar. De noche, luego de la cena, mientras hacíamos una partida de billar con el dueño del comercio, lo interrogué a cerca del cumplimiento de las ordenanzas sobre langosta, cuando éste empezó a hacerme desfilas nombres: Ferreira, Trindade, Machado, Pereira, y de pronto, al citar a Roberto Valdivieso, recordé que éste era uno de mis más queridos condiscípulos de la Escuela de Agronomía y, como es natural, sentí locos deseos de verlo, de abrazarlo....

— ¿Dónde vive Valdivieso?

— Ahí no más, a media legua, en la estancia que fué del suegro....

— Casado?... y tiene hijos?...

— Una « catervada », sonrió el almacenero.

— Hombre, lo podría ver?...

— Mire, me dijo, puede ir mañana temprano; — y con una sonrisa dudosa: — con la fresca lo va a encontrar mejor....

Valdivieso! qué loco bravo aquel, y qué emprendedor e inteligente. Transformado en estanciero y padre de familia.... Un triunfador! Un tipo de Reyles. De los que se hacen solos. Enérgico, sin más fortuna que su cabeza privilegiada y sus dos brazos musculosos, se va al campo con su titulito y sus ganas de trabajar, y ahí le tienen.... Rico y feliz, posiblemente. Y mire yo, pobre diablo de teórico, con mis tres ensayos « Sobre agricultura intensiva », « Sobre riego » y « Sobre la Abutilón Panciflorum, y sus aplicaciones industriales », y con mi empleillo de Inspector que me tiene « como bola sin manija » por todos los rincones de la República.

Aquel sí era un hombre aprovechado. Cuando volviera a Montevideo les iba a echar en cara a los otros compañeros, feroces agrónomos del Ministerio.

En estas ideas me acosté, leí alguna cosilla, y apagué la vieja vela de llama temblequeante y triste.

Naturalmente, soñé con la estancia de Valdivieso, llena de cultivos, de arboledas, de acequias frescas, con su plantel de aves, con su cremería y su cabaña....

Y el sol del otro día vino a reír con su oro limpio junto a mi pereza ciudadana. Me levanté, y luego de desayunar me hice acompañar por un peón al establecimiento de mi amigo.

Con mi cicerone callado, cruzamos al tranco el arroyo tranquilo y limpio, donde se miraba el monte y el cielo. Sobre las piedras blancas bajaban lentos los terutereros armando su simpática algarabía. Las barrancas rosadas, bordadas de culantrillos, y de donde emergían gruesas raíces, se reflejaban en el agua, y el dulzor melancólico del gemido de las palomas daba una nota de paz, triste....

Seguimos por el camino polvoso y solitario. Se extendían, a la izquierda, los campos monótonos interrumpidos por la serpiente azul marino del monte, por una estancia con dos o tres árboles, y a la derecha se alzaba un cerro abrupto lleno de peñascos grisáceos a los que se enredaba la maraña; más allá una cuchilla en dulces ondulaciones se azulaba y se perdía en el horizonte....

Al tranco, al tranco, habíamos llegado.

— Aquí es, patrón, me advirtió mi acompañante.

— No puede ser, le repliqué.

El me miró, movió la cabeza como no queriendo contrariarme, y agregó:

— Esta es la estancia de don Valdivie; aura si no es pa qui que viene, es otra cosa.

— Pero la estancia de don Roberto Valdivieso, que antes era del suegro.

— La misma de don Toco Andrade, la de los ombuses.... Ahistán los ombuses, dos derechos tuavía, uno caído 'e viejo.

Estábamos parados frente a una tosca portera de

palos mal trabajados y alambre trenzado. Había un camino angosto bordeado de arbolitos de los que se habían quebrado unos, y otros estaban secos, esperando ser repuestos. El camino, de unos ochenta metros, rodeaba unos viejos edificios de piedra, verdinegros de humedad y de años, en cuyos flancos se abrían ventanitas cuadradas con la cruz de sus fuertes rejas de hierro. Sobre los techos de zinc, enormes piedras hacían guardia a los vientos furiosos. Había unas cocinas con techo de paja, de las que salía un humo tardo, y por sobre aquella tristeza y aquella miseria, se levantaban los ombúes verdes, frondosos, corpulentos.... Cuando fuimos a entrar, nos salió la trahilla de perros flacos y sucios, y el peón gritó:

— Oh, de casa!

Un negro viejo apareció y espantó la perrada; luego nos invitó con el consabido:

— Pasem pra diante.... apeien....

Y chirrió la portera mísera, y entramos. Yo miraba todo, asombrado y dolorido; ¡ esa era la estancia del triunfador!...

El negro le daba la mano a mi peón y hablaba esa jerga de portugués y castellano, lenguaje usual en la campaña de los departamentos del norte, que me esfuerzo en reproducir con su acentuación y sus giros característicos.

El peón preguntó por don Valdivie, diciendo que yo lo quería ver.

Tentado estaba de darme vuelta e irme: ¿ qué sor-

presa agradable podía darle a mi viejo amigo?; tal vez un mal rato.

Descabalgué y seguí, con el caballo de la rienda, al peón, mientras los perros me olfateaban.

Calentaba el sol, y hacía un fresco agradable bajo los ombúes. Nos alcanzaron toscos bancos de madera y nos sentamos.

La casa era sucia, baja y fea; a un lado, el caño roto, dejando escapar el agua, había hecho en la pared como una herida que ponía al descubierto las piedras negras; al frente, en el suelo, relucía un pequeño pozo formado por las lluvias.... Cuatro puertas daban a aquella especie de patio de piedras desperejas, y sólo una estaba abierta. Dentro había una oscuridad de cueva. Por allí apareció Valdivieso con sus anchas bombachas, con las alpargatas en chancleta, volcándosele la panza sobre el cinto de cuero; en camiseta, con el sombrero en los ojos, mirando con fijeza y precaución como si en vez de la luz brutal de la clara mañana, nos rodeara la noche.

Tenía los ojos irritados, el rostro abotagado, carmín violáceo, color que se acentuaba en la nariz hinchada. El bigote le caía sobre la boca fofa que tenía un « pucho » de cigarro de chala.

— Valdivieso, hermano, — cual en nuestros buenos tiempos le grité, y él, como si volviese de un sueño, exclamó, con voz pausada:

— Ah, sos tú, Castrito; pero ¿ quién me iba a decir....

Y nos abrazamos.

— Sentate; ¿ qué andás haciendo? Cómo diste con ésto?...

Fuimos bajo los ombúes; silbó y vinieron unos chiquillos morenos, medio desnudos.

— Saluden a o senhor.... Tú, Sandico; tú Piqueno.

Y los muchachitos me estiraban las sucias manos, al tiempo que decían:

— Cómo teim pasado?

— Tragan a caçaza.... — Mientras se fueron y uno volvía con una botella de caña que puso al lado del padre, éste hablaba:

— Tengo dos gurisinhas más.... Tú te debés reir. Estoy hecho un brasileiro, che. La costumbre.... La madre habla así:.... Los peones.... Sabés, la costumbre.... A veces me cuesta hablar como la gente....

— Tragan canecos, — gritó. Vas a tomar un poquito, eh. Es de la buena....

Yo no sabía que hacer. No quería darle a comprender a aquel hombre mi desilusión. Si alargaba la visita, no tendría que decir.

Trajeron unos jarritos enlozados. Valdivieso sirvió caña y nos la alcanzó al peón y a mí. El no bebía.

— Y tú?...

— Si no se van a servir más.... Yo tomo en la botella.... Sos de confianza....

¿ Qué le decía a aquel hombre?... ¿ Cómo despedirme?... El me miró, y sonriendo, animado por el alcohol, con descarnada franqueza:

— Pucha, te veo medio como asustado. Creías encontrarme en otro tren. Con confort....

— Por qué negarlo.... Conocía de ese entonces tus ideas como las mías.

— Bah, todo aquello eran teorías, ocurrencias....

— No me negarás pueden triunfar.

— Pueden.... Pero, verás....

No era el caso de polemizar, en continuas interrupciones a mi amigo, que me decía:

— Dos cosas que están en lucha no pueden continuar siempre así: una triunfa. Yo te voy a contar mi vida como si la estuviese viendo pasar: mirá....

Yo guardaba silencio, y entre un mate y otro y un trago de caña, narraba, pachorriento, mi excondiscípulo, su historia:

— Uno viene de la ciudad a pelear con el campo, cuanto uno afloja, la pierde. Yo me acostumbé a esto, sin querer, deseando resistirme.... La despreocupación es como la sombra de la aruera: cuando uno menos quiere acordar, está dañado; entendés?!...

Hace tantos años llegué aquí con mi juventud, con mi título de ingeniero agrónomo y todas aquellas novelitas fresquitas de los muchachos. Venía a la estancia de don Toco Andrade, amigo íntimo de mi padre, a trabajar con él, si posible fuera.

Como tú, sentí la impresión fea de esto. Salió un negro viejo a recibirme, y me ladró la perrada, y me hicieron sentar a la sombra de los ombuses.

La casa ya estaba vieja, ese pozo que hace el agua

que cae del caño también estaba allí, y el campo, como siempre, callado y triste....

¿ Nunca te ha parecido que el campo está como en una atención de oír?...

—

— Será por esa tristeza.... Por esa puerta salió un hombre gordo en camiseta. Era don Toco Andrade. Me saludó, y luego de leer la carta que yo mismo había escrito — con mucho floreo — y había firmado mi padre, hizo un signo de aprobación y comentó:

— O Valdivies e muito amigo meu.... — Se golpeó la panza con la palma de la mano, como llevando el ritmo de la frase, y repitió:

— E ver-da-de.... E ver-da-de....

Se hizo un largo silencio. Yo miraba todo, curiosamente. El espantaba las gallinas que se le querían subir a las piernas. Ordenó que cebaran el mate, y como en un vago soliloquio continuó:

— Entaum u home quer travallar.... Muito beim.... y se volvía a golpear la enorme barriga.

Trajeron el mate amargo, que yo aún no tomaba, y después la caña para asentar el amargo y que, más tarde, terciada con bitter, servía de aperitivo.

Cayó la noche, en los árboles piaron algunos pájaros, y en la sombra del campo brillaron los bichitos de luz, y bien que no fuera muy bueno el recibimiento, la novedad del campo me distrajo.

— El hombre tiene gana de trabajar! — me daba vuelta en la cabeza la frase de mi huésped. — Sí! trabajaría el hombre!...

El señor Andrade me presentó la familia, cuando fuimos a cenar. Yo había visto ya los ojos oscuros de las brasileritas, sus hijas, espíandome desde lejos. Casi no se conversó en la mesa. Todo el mundo miraba los platos, y yo entreveía un tono de sorna en la conversación parca de mi anfitrión:

— Entaum vosé e un reformador....

— Sim, os libros falhan muito beim.... falhan soos....

—

La nerviosidad, el cansancio, la cama mala y sucia, no me dejaron dormir. Al otro día temprano me fuí a la cocina de los peones. Prefería quizá un tanto aquella tosca sociedad a mi brasilerero irónico. Después me hizo llamar y de nuevo, en sitio distinto al de la tarde porque ahora estaba de otro lado el sol, nos sentamos a la sombra de los ombuses. Iba y venía el mate; los pollos y las gallinas picoteaban la tierra entre nuestras piernas, y los perros perezosos que dormían, estirados, paraban las orejas, levantaban la cabeza y salían ladrando en tropel cuando pasaba alguna carreta o algún viajero por el camino....

Yo no encontraba oportunidad para explayarme en mis proyectos, y aplazaba tal conversación.

Después del almuerzo, como hacía calor, me pusieron un catre de lona bajo el ombú, para dormir la siesta.

Y un día y otro.... y otro....

Empecé a tomar mate; otra vez probé la caña....

Y no la encontré mala, eh....

Aquella vida era tan aburridora....

El señor Andrade, haciendo alarde de la confianza que le merecía, me dió a contestar sus cartas, y abrió las cuentas de la estancia para llevarlas en forma.

Me habitué a las siestas; después tomábamos mate con mi hombre, y seguía aplazando mi negocio, salvo cuando pasaba de los dos o tres tragos de caña y me veía obligado a hablar....

Un día concreté la cosa: lo agarré de buena vuelta, y dimos mano a una obra de reforma. Encargamos material, semillas, árboles, máquinas, y, qué querés, yo no sé: salía un poco y tenía que volver aquí, a la sombra de los ombuses; no podía privarme de las siestas, y me fué preciso acompañarme de la botella de caña cuando dirigía los trabajos....

La gente era bruta; vino una gran seca, después, la langosta.... Me deshice por salvar algo, y se fué todo « a la gran siete ».... Mi patrón y socio se reía y proclamaba la excelencia de sus principios:

— Nao facer.... Logo o matecinho, a caçaza, y u mondo roda....

— No, no, me decía yo, hay que reaccionar contra esta haraganería, y me multiplicaba en vano....

Seguimos durmiendo las siestas interminables, tomando el mate amargo y el trago de caña para « asentarlos »....

Después ¡ qué diablos!, acaso no vamos a llegar lo mismo al fin.... Empecé yo también a comprenderlo.

Una de las brasileritas se « dormía » mirándome. Yo no tenía ni intenciones ni condiciones de galanteador. Me casé con ella. Entonces pude mandar más

a gusto a las negras y los negritos. Daba algún puntapié más suelto a los perros flacos y me sentí como en mi elemento a la sombra de los ombuses viejos.

Yo creo que esto es el ideal. La naturaleza hace por nosotros como en la Biblia, ¿ te acordás?, en que se da el sustento a los pájaros y galas a los lirios de los campos; aquí se reproduce el ganado, crece la lana de las ovejas, y uno se siente tranquilo en esta paz.

Murió mi suegro. A mí se me ha cambiado el nombre en don Valdivie, tengo hijos e hijas que algún día se casarán y que, como yo, ya tienen reservado un pedazo de tierra en el cementerio de la familia, en nuestro mismo campo....

.....
Valdivieso había seguido bebiendo.

No me pude contener y le pregunté:

— Pero, tú estás conforme?, no esperas más nada, no deseas más nada?!...

El me miró con sus ojos turbios y pesados, y con una sonrisita socarrona, donde se me ocurrió ver renacer el tono de sorna que él creyó percibir en su suegro, el finado Andrade, me deslizó:

— Vos soñás todavía?...

Me levanté para marcharme.

— No te quedás?...

— Tengo que continuar mi gira, hermano....

— Ah, yo creí que le tenías miedo a la sombra de los ombuses; hay que decir por ahí todo el bien que están haciendo al país....

Me acordé de la aruera legendaria, y me despe-recé como queriendo echar fuera algún maleficio.

Al otro día pasé por el camino. Don Valdivie, gordo, en camiseta, con el mate en la mano, a la sombra de sus ombúes favoritos, me saludó con un ademán afectuoso, y noté que quedaba sonriendo....



EL ASCENSO

A J. Fonseca Troconi, — se firmaba así porque le parecía distinguido — le mordía un pensamiento entre egoísta y pecaminoso. A su compañero de oficina, aquel bullicioso Delger, de vida borrascosa, lo había volteado su dolencia artrítica, y siendo Fonseca Troconi el auxiliar más antiguo de la oficina le correspondía, por lo tanto, sucederle, si el otro moría. Redondeaba in mente el pensamiento, y una interior y pura reconvención le brotaba, acusadora:

— Le deseas la muerte, inhumano. — Nó, nó, corregía mi atribulado sujeto: yo no le deseo la muerte, pero, ¿no es justo y lógico y razonable que si se muere — y no le salía el « Dios no lo permita », familiar — aspire yo al puesto suyo, si por derecho me corresponde....

Aquello era una vuelta de la suerte. El no se regocijaba con el mal de nadie. Que siguiera viviendo el pobre Delger. Qué diablos, — continuaba, optimista, — ya me saldrá por otro lado la forma de ascender, de progresar. Tengo mis diez añitos de ofi-

cina, mis ocho corridos de amores, y, como todo el mundo, mis aspiraciones, y un definitivo derecho de un buen cuarto de hora en la vida.

La rosada ráfaga optimista se le oscurecía, y Fonseca Troconi echaba pestes de su « getta » y su desgracia.... — Qué embromar, últimamente: muérase Delger, o mejor aún, el jefe; que todos ascendamos, y así no pasaré tanta miseria y tanta porquería, y podré casarme....

En estos instantes de dudas y vacilaciones pensaba en los consejos del señor secretario: — Por qué no se dedica al comercio, Fonseca. Ud. todavía es joven: mire el porvenir. Yo hace veinte años que estoy poniendo fecha de entrada a los asuntos, echando rubricitas y tomando te aguado....

Pero ¿qué se iba a dedicar al comercio.... Lindo. Ponerse de dependiente con dieciocho pesos, o de amanuense de escritorio con veinticinco, ahora cuando ya había cumplido sus veintiocho años. Replicaba:

— Ud. porque no ha tenido suerte, don Juan....

— Cállese, Fonseca, Ud. tampoco va a progresar nunca. Es un zonzo. Tiene sus ideítas, sus ilusiones, y muchos escrúpulos. Por qué cuando se acercan unas elecciones no se prepara unos discursitos....

— Es que no tengo condiciones, don Juan.

— Hombre!... decía el viejo, victorioso: se da cuenta lo que me afirma? No tiene condiciones para mentir.... Tableau. Hombre al agua.... Cuando yo me muera, Ud. será secretario, eh?...

— No diga eso, Sr. Corrales.

Cuando él se muriese, decía don Juan.... Y ahora el que estaba muy enfermo era Delger....

— Si se muriera éste.... Pero no terminaba la frase cuando le inquietaba el remordimiento de la mala acción. Bueno, por las dudas, ya el jefe le había adelantado algo sobre la conveniencia de ser previsor.... El había tanteado a Sánchez, el otro auxiliar:

— Che, si sucediera cualquier desgracia.... si, por ejemplo, trasladaran al Sr. Toscano, el segundo jefe, vos irías a pedir el puesto?...

— Nó, contestaba el otro alzándose de hombros.... a mí dejame tranquilo con mis estadísticas.

Era un muchachote alborotado aquel.... Muy bien trajeado, muy faltador. Mostrándole siempre cartitas amorosas y retratos de las « dragonas ». Un buen muchacho que no le haría sombra....

Y los de fuera?... Los recomendados al Ministro, al Jefe mismo? Era para estar nervioso e inquieto. ¿Le hablaría al Jefe? Lo mejor era dirigirse arriba, al Ministro. Al poderoso, que lo que él no pudiera no lo podría nadie.

Y cómo, si el otro no había muerto, realizar tal petición? Era un poquito fuerte. Una acción mezquina, inconfesable.

Es verdad que Delger estaba mal, pero, qué papel si se mejoraba y después, enterado del caso, se reía de él. Todavía cuando a uno le atribuyen una barbaridad que no ha cometido, también se ríe; pero, cuando lo acusan de algo que se puede calificar de felonía, es el colmo.

Y pensaba Fonseca en esos fenómenos que conocía vagamente de oír curiosas conversaciones al respecto: trasmisión de pensamiento, telepatía, realización de deseos tan intensos, tan totales, que hacían converger toda una vida, toda una voluntad, en un anhelo que ejercía misteriosamente su influencia, a veces nefasta, sobre las cosas o los seres.

Mire si se moría Delger porque su baja ambición lo había suplicado al misterio, a la providencia, a la casualidad, en un raptó de extravío, quizá. Alejaría la malvada idea de su cerebro.... Y, pese a su propósito, volvía el mal pensamiento.

— Que se muera, hombre.... arrancó violento, y más bajo, como la acariciadora voz de una convincente Celestina: son noventa pesitos....

Llegó Fonseca Troconi a la oficina. Saludó al secretario, al auxiliar compañero, y cuando iba a colocar el sombrero en la percha, no pudo aguantar la impaciente pregunta:

— ¿Y? —

— Cuánto interés!... sonrió don Juan, y Fonseca se ruborizó. Suerte que el otro no insistió en la broma.

— Ya fué el portero a enterarse.

Al heredero, — así habían dado los compañeros en llamarlo, mientras él se defendía, avergonzado, — le zumbaban las sienes y perdía el hilo de sus informes mirando el escritorio huérfano de Delger, mientras tenía el olvidado expediente ante los ojos. Indudablemente no se encontraba bien y se le ocurría ver des-

filar en una sensación de fiebre, los cuentos sicalípticos de Toscano, el traje nuevo de Sánchez, los consejos del secretario, y a Delger muerto, invitándolo a ocupar su asiento....

— Es que las preocupaciones me deben tener mal, pensó.

El portero llegó y dijo con su pronunciado acento gallego:

— El señor Delger nu medra.... va mal....

Fonseca Troconi se levantó como en una inspiración. Llevaría aquellos expedientes a firmar al jefe, que llegaba, y de camino le diría algo.

El jefe vino antes, frotándose las manos, hablando del frío; luego, indiferente, mirando el escritorio de Delger, ordenó:

— Que no se atrasen esas cosas.... Por qué no se sienta ahí, Fonseca, que tiene más luz, y mira esos asuntos....

Al aludido le tembló el corazón, parecióle que aquellas frases lo consagraban ya oficial primero.

— Gracias, Sr. Jefe, murmuró casi ininteligiblemente.

Fonseca siguió sentándose en el escritorio de su superior, y con más confianza ya, habló del asunto con el jefe.

— Pierda todo cuidado, que el puesto será para Ud. No faltaba más.... y mi influencia?... subrayó suficiente.

Murió Delger a los tres o cuatro días. Cuando

Fonseca lo supo, fué a pedir audiencia al Ministro. Mientras sudaba frío y se le encogía el corazón hilvanando el discurso que le iba a decir a su excelencia, pensaba en Delger, el pobre, y en su suerte al haberse muerto aquél.... El Ministro no recibió ese día. Fonseca fué tardísimo a la oficina, donde no encontró a nadie, pues todos se habían ido al entierro.

El salón estaba oscuro, triste, daba miedo. Salió Fonseca a la calle, tomó el tranvía y se fué al Cementerio. Había que cumplir.

De vuelta a la pensión donde vivía, comió mal; luego se fué a dar una vuelta por ahí y, nervioso, desazonado, regresó temprano a acostarse.

Y esa noche soñó con Delger. Este, con aspecto cadavérico, amarillo, rígido, vestido de negro, le increpaba con la mirada, de donde él traducía las frases acusadoras.

— Muy bien, eh, mal amigo, canalla!

— No, Delger, no, Delger, hermano, mirá....

— Callate, no hablés, traidor....

— Mirá, Delger, yo no quiero el puesto, que se lo den a otro, te juro que.... que yo no lo iba a aceptar.... que se lo den a cualquiera.... — Y no se animó a expresar otro pensamiento que le pugnaba: al fin, la cosa es irremediable; no es mejor, acaso, que sea un compañero el que te suceda? — pero, no se animó.

Se recordó mal, con dolor de cabeza, con un sabor agrio en la boca.... ¡Qué cosa!... ¡Qué estupidez!... Darle miedo. Decir que él no iba a ocupar el puesto....

Se quedó en la cama toda la mañana....

Cuando llegó a la oficina, un poco pálido, un poco decaído, le dijeron los otros:

— ¿Sabe la noticia?...

— ¿Cuál?..

— Han nombrado a una señorita para oficial primero....

— Una señorita.... se relamía Sánchez.

— Qué le decía — triunfaba el secretario Corrales.

— Así es la cosa, comentaba Toscano; a propósito: — y empezaba su cuentito de práctica — una vez, el Ministro X....

Fonseca Troconi no supo que contestar: se quedó callado. ¡Para aquello había sufrido tanta cruel mortificación!...

Y se puso a escribir en un expediente, en su mesa vieja.

EL HIJO GAUCHO

AMANECIA. El resplandor rosado de la aurora inundando el azul lechoso del cielo, puso una leve gasa violeta al lucero que se fué desvaneciendo dulcemente. Entre el pastito recién despierto, con argénteas aristas del rocío, pasaba el estremecimiento de la brisa. Una pareja de horneritos laboriosos repiqueteó, desde el mojinete del rancho del Puesto Viejo, el escándalo vocinglero de sus gritos, a los que contestaron desde la masa informe de los tártagos, de los saucos, de los dos ombúes, los pajaritos tempranos, diciendo en finos tonos agudos los buenos días.

Don Sandalio dió vuelta la yerba al amargo « medio galopiao » y mientras la patrona, con las limpias latas de aceite hechas balde, en doméstica industria, — con la manijita de alambre, — iba hacia el corral de los terneros para soltarlos y ordeñar las vacas, que mugían roncamente, pacientes y maternales en la espera, fué a golpearle la ventana a la hija dormilona. Siguiéndole, había salido de la cocina ahumada el

viejo perro negro, el Tordo, que erizó el pelaje y se sacudió todo como para ahuyentar las pulgas.

Volvió a la cocina el paisano, cebó otro mate y al saborearlo pensó en el patrón viejo, que estaba enfermo, « hasta con doctor en casa » y que tenía un mal de nombre enrevesado, que, según él, no debía ser más que « pasmo », que ya se lo hubiera curado con cataplasmas de lino y esencia maravillosa....

Pero, no hay comedido que salga bien; casi lo echan, por su desinteresado consejo....

Gritaron los teruteros alertas por el lado de la cañada y él salió a « bombiar ». Era el Tapequito, a quien había enviado a enterarse de la salud del patrón.

Ya apuntaba el sol, y el muchacho, que trotaba largo en el petizo aguatero, lerdón, parecía agrandarse con el perfil de oro y grana de la luz mañanera.

De lejos le gritó.

— Y d'íay?...

El indiecito cruzó a un lado y a otro, por las ancas de su caballo, el largo arreador de echar las vacas y menudeó talonazos como si le espoleara los ijares.... Cuando estuvo a cuarenta o cincuenta metros, se quitó uno de esos descoloridos chamberguitos cónicos que el humorismo criollo ha bautizado con el nombre gráfico y expresivo de « punta de corazón » y también gritó:

— Que está en las últimas el pobre, y que vaya de seguida usted, tata Sandalio, que le quiere hablar....

— Güe!... ¡Qué está en las últimas y que me quiere hablar!... Si será cierto? Se le concretó la imperativa interrogación, montaña de duda que se derrumbaba sobre su espíritu, y sintió como si su pensamiento de por sí lento, retraído, modoso, se viese impulsado en una frenética vorágine de suposiciones...

— Si será cierto?...

— Echame ya el loguno, que est'hai nomás....

Y se puso a cavilar sobre lo que le dijo una negra vieja, — antigua esclava de los patrones, — él entonces era un gurí, pero se acordaba clarito como si fuera hoy: « portate bien, Sandalio, que te van a ayudar; yo sé por que te lo digo ».

Después no faltó quien, uniendo aquello a otros decires, le afirmara que él era un « hijo gaucho » del patrón.... Sólo así se podría explicar la protección de que siempre había sido objeto.... Hasta lo habían querido mandar a la escuela cuando se criaba en la estancia de donde había salido ya hombre, para el puesto aquel, al que se trajo la buena china compañera, que le salió tan de ley.... Sin embargo, la pequeña diferencia de edades que se guardaban con el patrón le sugería una última duda.

— Vaya uno a saber.... hay mocitos que no por más nuevos son menos diablos.... Y hay tanta chinita linda en los puestos o en la estancia....

Ya llegaba el lobuno, macaqueando como de costumbre, pues aunque era manso, ligero y aguanteador, tenía mañas de cabortero en cuanto no sentía la voz de su dueño....

— Mancarrón!... le insultó él, airado, como con desprecio.... y se le aproximó conversándole, con el freno en la mano....

— Pará, matungo.... pucha si t-i-hace falta una felpiada....

Mientras lo enfrenaba, le dió la mala nueva a su mujer:

— Si sucede la disgracia....

— Lo que Dios no permita.

— Las v-i-a mandar buscar en la carretilla, porque es muy largo el tirón pa dir a pie.

El Tapequito le alcanzó el apero. Ensilló en un decir ay y salió bajo una « tormenta e lazo », como decía el muchacho.

El lobuno no lo necesitaba, pero era para ponerlo « alarife » y sacarle las mañas.

Por el camino empezó Sandalio a sentir un resquemor de tristeza. El nunca había conocido padre ni madre, en su infancia de « guacho », rodando del galpón a la cocina de la estancia.... No era mal mirado, pero no guardaba otro tibio recuerdo de caricias que las del patrón, tan « güenazo » que no iba al pueblo sin traerle alguna chuchería: unas bombachas, unas botitas, un tirador de charol con hebilla de « rialitos ».... De ese ambiente en que se desarrolló sin sentir ningún dominio ni ascendiente definido, le venía tal vez el ser rebelde y voluntarioso, más amigo de estar « echao de panza » oyendo cuentos o jugando a la « payanga » que de puntiar en la quinta.... Le gusta-

ban los bailecitos, el choclón, las carreras.... Y el patrón, aquel don Jacinto, tan mano abierta para él, siempre le tenía dispuestos algunos pesitos « pa despuntar el vicio », que, indudablemente habían de « correr burro ».... A veces, amistoso, lo aconsejaba :

— ¿ Por qué no te dedicás a algo, muchacho?...

Una vez lo habilitó con unas carretas : después le dió una majadita a medias, y nuestro hombre, siempre el mismo, a pesar de su honradez y su buen fondo, entre el traguito y la jugarreta había de encontrar el medio de verle el fin a la cosa.

Ahora tenía sus vaquitas, su tropilla de caballos, y la carne, la yerba, la galleta, la fariña y algo para los vicios, que le pasaban de la estancia. Su trabajo de puestero se reducía a pasear por los otros puestos, a ir de tarde en tarde a los rodeos y con demasiada frecuencia a la pulpería.

— Entonces debe haber algo de cierto, se decía, ya que su vivir de hijo pródigo siempre había encontrado disculpa a sus locuras, protección y cariño....

— ¿ Y aura de golpe v-i-a creer todo eso?...

Llegó a la estancia. Le salieron los perros conocidos, como a esperarle, moviendo la cola. Se apeó, y con el caballo de la rienda, dió dos o tres pasos, hasta entregárselo a un peón.

Todavía le recomendó, previsor :

— Refrescámele el lomo y no me lo dejés tomar agua que está medio pesao....

Y después, al reclamo de uno de los hijos de la casa, llegado hacía unos días de la ciudad, se quitó

el sombrero, se pasó la mano por la frente sudorosa y aún con el rebenque colgado de la muñeca le siguió.... Se le ocurrió como un relámpago :

— Y si le dijese tata a don Jacinto?... Sí, le podía llamar así y pedirle la bendición como a un padre, que aquello al fin, había sido para él su patrón.... Pero, también tenía que acordarse que estaban los otros enfrente....

— ¿ Y si él no me quiere reconocer, o no es verdá?...

Llegaron a través de otras habitaciones a la pieza del enfermo, que, penumbrosa, llena de olores de medicinas, tenía un ambiente pesado. Sandalio, que venía de la plena luz, « encandilao » todavía, no veía bien y se llevó una silla por delante. Su vista se fué habituando lentamente a la sombra y descubrió un cuadro de Nuestro Señor, al que prestaba reflejos lumínicos el vidrio y distinguió la cama antigua y entre las blancas ropas y una profusión de almohadas, la cabeza del patrón con el nevado cabello en desorden orlando la pálida facie amarillosa ; alrededor del lecho conversaban en voz queda el doctor y la familia : los mozos y las mujeres ; las señoritas, las casadas....

— Mis hermanas, tal vez....

Una voz familiar, la de Luisito, el menor de los muchachos, le rogaba :

— Acercate, Sandalio ; papá te llamaba y no pudimos entender lo que quería decir ; ya no habla casi, a ver si tú tienes más suerte.

Se acentuaba la curiosidad y la angustia expectante esperando las misteriosas palabras del moribundo, que necesitado quizá de una revelación, de un descargo de conciencia, había pedido que le trajeran a su lado a Sandalio, el puestero aquel, cuya leyenda no le era, — por cierto, — a ninguno desconocida.

El paisano se aproximó al lecho, miró la cara del enfermo en que se hundía la sombra azulada de los ojos mustios y entineblecidos, la hída boca entreabierta, donde se notaba casi imperceptiblemente la respiración; y sobrecogido, con ese vago temor supersticioso, oscuro miedo, religioso respeto que infunde la muerte, su voz se hizo solemne:

— Mande, patrón.... don Jacinto....

Sandalio creyó verle entreabrir los ojos envolviéndole en una cariñosa, protectora mirada.... Aquel gaucho humilde, instintivo, vicioso por ignorancia, era el único quizás que no había venido como un cuervo al olor de la carniza; por eso tal vez fué para él la postrer tierna mirada que adivinó.

— Don Jacinto.... silabeó otra vez el triste con voz mojada en llanto; luego llevó su mano a la boca helada del yacente y se dolió:

— Parece que ha entregao su alma a Dios....

Era así. La ciencia, por intermedio del médico, lo confirmaba.

Se pusieron a llorar a gritos las mujeres; los hombres se llevaron los pañuelos a los ojos y Sandalio salió lagrimeando — él, que era tan duro para eso — con el pecho oprimido por la cruda escena.

Con los peones comentó apenado:

— Quién sabe pa que me había llamao el finadito!... Y pensó para sí: dejuero me habría dicho la verdá....

Al otro día, y por su voluntad expresada tiempo atrás, dieron sepultura al finado en el cementerio de la estancia.

Simple y triste el entierro sin ceremonia de ninguna especie; entre el respetuoso silencio de la paisanada del pago, vestida de negro en su mayoría, bajaron a la huesa cavada en la tierra, el ataúd.

Los dolientes echaron las primeras paladas de tierra que sonaron lúgubres sobre el cajón....

También arrojó Sandalio su puñadito de tierra en la fosa, murmurando, al hacerlo, como si mascullase una oración:

— El patrón, don Jacinto, o mi tata.... lo cierto es que era algo mío que se me va!...

Se espació el tiempo.

La familia de la estancia se marchó definitivamente para la ciudad. Se repartieron los bienes entre los deudos, mientras Sandalio, que ahora andaba triste y pensativo, acariciaba la esperanza de que don Jacinto le había de haber dejado algo. ¿Destruiría lo contrario la aceptada leyenda? ¿Se habría acabado de una vez para siempre aquella querida sombra protectora de su rancho?...

Empezaba a encontrarse abandonado y menudeaba las visitas al boliche de donde volvía, — volcándose

en equilibrios difíciles a uno y otro lado del caballo dócil, — monologando su historia de hijo gaucho, dueño y señor de campos y haciendas que había de reivindicar algún día.

Una mañana, al regresar el Tape de la estancia a donde había ido por las provisiones, le enteró de que se había ido del todo don Tomasito, el último que de los hijos del finado don Jacinto aun quedaba allí y que con la llegada de mayordomos o capataces nuevos, se suspendía el envío de toda otra cosa que no fuera la carne....

— Ya vienen mostrando las uñas, exclamó Sandalio tras un áspero ajo de desahogo, y se reconcentró fosco y airado.

No había transcurrido una semana de ese hecho, cuando le mandaron buscar.

Como aquella mañana de triste recuerdo, despertó a la hija; hizo traer el lobuno, y se fué, más despacio, al troceto, a la estancia.

Al llegar, los primeros en saludarle fueron los perros viejos, que le ladraron en fingidas iras, atropellándole a saltos y meneando la cola; después se apaciguaron, y al aproximársele a olfatearlo parece que le preguntaban:

— ¿Y el patrón?, Sandalio.... Eh, Sandalio viejo, a vos que te quería tanto — como a nosotros — no te dijo cuando volvería?... El les palmeó el lomo en efusiva caricia y ellos aullaron.

— Ve.... vea.... se extrañó en voz alta el paisano y luego, como le era habitual, mascullando entre sí:

— Mire, aura recién v-i-a empezar a sentir de alma al patrón viejo.... Tal vez mi padre, si doy crédito a lo que dicen....

Como si se le ablandara algo en el corazón, le entraron ganas de llorar.... En cuanto volviese iba a ir al Campo-Santo....

— Lo tengo tan olvidao!...

« Amargueó » con los peones que « prosiaban » sobre las reformas de la estancia: el sueldo de los mensuales y las obligaciones de los puesteros; nada de vaquitas lecheras ni de yerba ni de fariña.... Todas las mañanas en las casas, a recibir órdenes y ayudar a hacer los pozos para los árboles y los nuevos alambrados; abrir canaletas para las aguadas y la mar de quehacer....

— Y quienes son los maistros?, preguntó con su dejo de ironía criolla, el paisano, siempre dispuesto a reír campechanamente del « maturrango ».

— Ah, ¿no los ha visto?... Carcamanes, mocitos de antiojos y polainas; puebleros.... terminó despectivamente el gauchito informante.

Lo hicieron llamar a Sandalio. Pasó al escritorio. Los mocitos, muy amables, lo saludaron y le invitaron a sentarse. Luego lo pusieron al cabo de todo lo que ya los peones le habían adelantado.

Sandalio sintió el impulso de la protesta y la rabia engrosándole vocablos retadores, que se le escapaban de la boca, y, nervioso, estrujando el sombrero entre las manos, les dijo:

— Ta bien.... Ustedes serán los que mandan, pero yo tengo mis vaquitas, mi tropilla....

— ¡Sus vacas! ¡su tropilla!, se admiraron los otros.

— No estamos en antecedente de tal cosa.

— Cómo me van a dudar ¡canejo! — profirió él, ofendido.... y agregó. — Pregunten nomás a los hijos del patrón viejo, que Dios lo tenga en su guarda.

Y ellos, tolerantes, le replicaron que no venían con el propósito de suscitar cuestiones o cometer injusticias, que le tendrían las consideraciones debidas; pero, que lo de las propiedades.... verían.... había que justificar....

El gaucho no pudo soportar la injuria sangrienta que envolvía aquella concreta duda.

— ¡Con qué les quedré robar!... Luego percibió claro su situación: ella era irregular, casi comprometida, desde que los animalitos, estando como estaban orejanos o contramarcados, no se prestaban a comprobar su propiedad. No pudo contenerse más y les gritó fuera de sí:

— Ustedes son los que mandan; hagan y deshagan, pero cuidao con salirse 'e la güeya!

Aquellos humildes privilegios de la yerba y de la fariña, del rancho suyo, de todas sus cositas; las prebendas y condescendencias, le habían creado derechos, dado un lugar espectable que todos reconocían y respetaban, quizás influyendo en grado sumo en todo ello lo posible de la historia del hijo gaucho. Y ahora, aquellos desconocidos, profanos brutales de un sencillo

orden vetusto, venían a romper las costumbres y a despreciar e invadir el predio de sus intereses y el sagrario de su corazón, ya que unos se metían en lo otro, en la ensambladura del hábito y del tiempo.

Acaso si le torcían el acostumbrado vivir y le robaban el rancho ¿no se introducían también en su corazón llano y sentidor, que vibraba con aquellos humildes y serenos ritmos? ¿Acaso no valía tanto como su vida, el prestigio de protegido y digno del amor del patrón viejo?

Y todo aquello venían a romper de golpe, como el mangazo del borracho irresponsable que voltea un nidito de hornero.

Los capataces o mayordomos, — como les decían los peones, — lo echaron, lo despidieron violentamente: ya sabían que le gustaba el trago a aquel gaucho soberbio, indolente y rebelde.

Salió temblando de rabia y enderezó a su caballo; los perros le salieron al encuentro, moviendo la cola, mirándole con los ojos ingenuos, y él les habló, como si retornase con la contestación a la pregunta que presintió le hicieran:

— ¡Pobre Sultán, pobre Tipó!... Nó, no va a venir más el güen viejo, lo llevaron pa siempre; pa disgracia, pa mal de todos!...

Y montó ágilmente a caballo y se alejó a media rienda, sin saludar siquiera a los peones estupefactos.

Tomó en dirección al cementerio. Cuando llegó, desmontóse, ató al caballo del cabestro al portoncito de hierro, que permanecía cerrado con llave para que

no entraran los animales, y saltó el cerquito de piedras irregulares, medio desmoronado....

Sobre una cruz herrumbrosa, que tenía envuelto un pedazo de crespón podrido y ya sin color, había una lechuza que le miró con sus fascinantes ojos amarillos y huyó asustada.... A un lado se alzaban dos mezquinos panteones, sin arquitectura definida, con los manchones sucios del reboque caído; sobre la tierra una lápida de mármol, con esa pátina amarillenta que presta la intemperie; las leyendas ilegibles cubiertas de musgo y de basura.... Más allá estaba la sepultura del patrón viejo, de aquel buen don Jacinto, entre el verde pasto jugoso, lozano, y algún cardo florido que ostentaba sus bellos pompones violeta.

El paisano se arrodilló, puso el sombrero a su lado, en el suelo, y empezó a contarle, llorando, el triste suceso, a aquellos huesos que no le oirían, que no le responderían; a aquellos huesos que bien pudieran ser los de su padre!

Y.... ¡quién sabe si el alma tristemente abandonada, no recibía como un bautismo de amor, la ofrenda de aquellas lágrimas del pobre gaucho dolorido!...

— ¡Animas benditas!, murmuró en recuerdo de las pobres almas que andan penando, hasta que una oración o una lágrima las dejan tranquilas.... Ya prenderían en su casa unos cabitos de vela....

Después se levantó y conversando solo y con su cabalgadura, rumbeó a la pulpería.

Tirado bajo la enramada del almacén, dormido, bo-

rracho, lo encontró a la tarde el indiecito. Lo recordó:

— Tata Sandalio..., tata Sandalio.... Y el paisano, en la bruma de la borrachera, — entre sorprendido y receloso, — se incorporó echando mano al cuchillo:

— ¡Qué, gurí! ¿vienen a robarnos?... Miró a todos lados aún prevenido; se enderezó, acalambrado, molido, y se fué refrescando mientras ensillaba el lobuno, al que algún buen gaucho le había aflojado la cincha y colocado a la sombra.

Regresó con el Tape, cabizbajo, triste, silencioso.

Era la tardecita; iban casi al paso de las bestias. Dejaron el polvoriento camino real; entraron por una porterita de la estancia y cortaron campo. El pasto alto crugía, frágil, bajo las patas de los caballos. Mugían largamente los ganados. Las manchas blancuzcas amarillentas de las majadas, se movían como grandes olas extrañas, de donde partían quejumbrosos balidos.... Un carao clamaba su sordo sollozo de angustia, por el lado de los bañados.

Como si bajara del cielo que se ensombrecía de violeta, como si ascendiera de los campos, con somnolencia de crepúsculo, una sutil bruma esfumaba en la lejanía los contornos azules de los cerros y las cuchillas caprichosas.

Los ruidos difusos, hondamente desolados del anochecer, apretaban el alma. Sandalio, de por sí ensimismado, con esa melancolía peculiar de la raza, tenía sobradas razones para ir mudo y reconcentrado. Estaba resultando un extraño en aquella querida tierra que le viera nacer....

— Don Sandalio, moduló la voz tímida del indiecito, que se olvidaba del Tata, como previendo el mal efecto de su revelación.

— ¿Qué decís?, Tape.

— Que, que uno de los mocitos forasteros, de la estancia, anda llegando a casa....

— ¡Qué decís!... Y se imaginó lo que lo atraería: la chinita, su hija, ya hecha una mujer, con sus floridos dieciseis años, linda como el lucero y que, fuera de duda, tenía que ser querendona....

— Mire, allá van....

Efectivamente, a pesar del tul morado del crepúsculo, que se adensaba, se veía a los dos capataces o mayordomos en un sulky, tal vez de vuelta de su rancho... Al verlos, el muchacho se había acordado.

— Salen seguido, así?... Tape....

— Sí, tata Sandalio; a la oración se van a bañar a la Laguna de las Nutrias.

— Ah, güeno!... Se salen de la güeya.... Y las frases lacónicas, macizas de expresión, sonaron con un subrayado de tragedia.

Cuando llegó a las casas, mientras desensillaba, la patrona le alcanzó el mate y él la interpeló violento y duro:

— ¿Y aura andamos con misterios y tapujos?

— ¿De qué?

— ¿Es cierto que andan llegando los mocitos esos?...

— Nadie te lo iba a negar, Sandalio....

— ¿Y por qué no se me ha dicho antes? ¡canejo!

— Han llegao, pero de pasada: un día a pedir agua; otra vez a preguntar si se agarraba por abajo el cerro, pa dir a la picada.... Yo los hice bajar pa que descansasen y se me pasó 'e decirte.

— Ya sé lo que roncean.... quedó él rezongando.

Anduvo unos días más triste, más caviloso, con el carácter agrio. Fué de nuevo al cementerio porque creyó ver una luz mala que lo seguía en el campo.... Y cierta tarde, en el boliche, sintió la alevosa puñalada de las insinuaciones sobre su hija que, a veces, no estaba sola, cuando lavaba.... Era verdad que el que lo dijo, gauchito sin arraigo en el pago, guitarrero y amigo de pependencias, había sido despreciado por la muchacha.... Pero, ya tenía la punzadora herida abierta.

Volvió muy ebrio a su casa. Le gritó a la pobre vieja y le ofreció unos lazazos a la gurisa, temerosa y ruborizada ante las descarnadas frases del padre.

Pero, no había vuelta. La muchacha nueva y enamoradiza no tardó en demostrarle que no eran vanas las habladurías. Una noche sintió el rondar de algún extraño, al que ladraba vigilante el Tordo. Tomó el facón y salió afuera: no había nadie.... Y en una siesta, la gurisa había ido a lavar al arroyo y se había llevado su ropita escondida.... y no volvió!...

Ahora comprendía bien porque le habían vuelto a mandar fariña, yerba y galleta.

— ¡Pa mantenerla!... Lo habían tomado por un consentido!

— Esa misma noche, en la carretillita, que guiaba el Tape, mandó a su vieja con rumbo al Brasil. El ya los alcanzaría....

Se quedó solo en el Puesto Viejo, con el perro, que no quiso seguir a la patrona. Repasó el lazo, lo engrasó bien, le aseguró la presilla y la argolla, reforzándoselas con unos tientos fuertes y acomodó también la cincha. Durmió inquieto esa noche. Apenas comió un asadito al otro día y al caer la tarde observó a los mozos de la estancia: los vió salir en el sulky y dirigirse al baño. Ensilló el caballo, le apretó bien la cincha en los sobacos, y tomó en dirección a la laguna.

Como dos cuadras antes de llegar se apeó en un « sangrador »; los veía; sacó el cuchillo y le probó el filo, por las dudas.... Los aguaitó....

Los vió salir del baño, subir al sulky, marchar jaraneando. Les salió al cruce, como de pasada, deteniendo el caballo para tomarlos de atrás. Los otros le miraron sorprendidos, pero se tranquilizaron cuando les saludó con aquel pacífico:

— Dios los guarde....

Sandalio pasó cerquita, llevaba el lazo preparado en la mano baja, del lado opuesto al que ellos podían ver.

Les escalofriaría, en oscuro anuncio, el silbo del aire al girar de la armada, al impulso del nervudo

brazo?... Quizá, porque instintivamente volvieron a una las cabezas, a mirar; él ya les había largado el tiro de lazo, firme, certero! ¡Bien tirado, con destreza campera!, los tomó de medio cuerpo a los dos y animó al pingo:

— ¡Aura, loguno!

El animal afirmó las patas elásticas, temblorosas, en el esfuerzo máximo, como cuando en el rodeo se enlazaba un toro bravo. Se deslizó rápidamente toda la fina trenza de « guasca » flexible y el primer cimbronazo dió con los cuerpos en tierra. Estrangulados de horror desesperáronse unos gritos angustiantes, y el lazo, tenso, como si fuera a estallar, de cuando en cuando, al salir de una bajadita o de un montón de piedras, levantaba en el aire los cuerpos laxos, en una loca, vertiginosa disparada!

Uno se zafó de la armada y quedó tirado en el campo, con el cráneo abierto, sucio, manando sangre....

— Si sería ese el enamorado....

Al fin Sandalio detuvo la cabalgadura; jadeaba el hombre, jadeaba la bestia. Aflojó el lazo ensangrentado de la masa informe del cuerpo que restaba. Cuando enrollaba, en anchos círculos, la trenza, constató con orgullo criollo, simplemente:

— Ya sabía que era juerte.... El mismo, con paciencia, con cuero elegido, lo había trenzado....

Palmeó al lobuno y le habló:

— Ustedes si que son derechos; sin ser cristianos ni mienten ni roban.... y ni saben, tan siquiera, que hacen bien....

Galopó hacia el rancho, y cuando se levantaba la luna pálida sobre la indecible tristeza del campo dormido, el Tordo, el viejo perro fiel a la querencia, aullaba al humo negro y espeso, y luego a las trágicas y fieras llamas temblorosas que devorando el Puesto Viejo ascendían al cielo en la noche serena!

UN HOMBRE QUE YO NO CONOZCO

UN hombre que yo no conozco, que ahora no conozco, y que antes era Fernando Quintana, un muchacho alto, que iba a nuestras reuniones del Café Británico....

Uno pálido, de ojos tristes, un poco extravagante, a quien se le atribuía cierta inclinación a los alcaloides....

— Sí, lo recuerdo.

— Bueno, una tarde en que yo tenía ganas de estar callado, como me sucede casi siempre al crepúsculo, llegó a mi habitación. Era, entonces, plenamente Fernando Quintana.

Me dijo « hermano » como nunca le había oído, e inició este monólogo:

« Tú sabes bien quien soy, y debes ser el primero en recibir esta confidencia. No vengo a despedirme sino a anunciarte una grave resolución: me voy. Sí.... Lo he resuelto definitivamente. No puedo más conmigo mismo.... Los hombres descontentos son fastidiosos y antipáticos. El mundo se les reduce a sus pequeñas miserias.... Me estoy volviendo un descontento, un

bilioso insoportable: siempre quejoso, irascible, siempre ahogado por una horrible incertidumbre.

Hoy me quedé en casa, si así puedo llamar a ese rincón de una oficina pública que me han cedido por unos días más, pues tengo que buscarme domicilio, y pensé.

No sé si conoces un personaje de « La Isla de los Pingüinos, » de Anatole France: es un erudito compilador de no sé que cosas, vive entre montañas de notas y apuntes, que un día se desatan y lo ahogan en un diluvio de literatura, de historia, de sapiencia. Ese es el símil más gráfico y más acabado de mi pobre personalidad. En ese maelstrom de papeles, de libros, de versos, de cuentos, de ensayos, de lucubraciones que he creado, me siento axficiar, ahogar materialmente, como si estuviese viniendo sobre mi alma una avalancha.... Solo, pensando, he leído acá, allá, y encuentro eso tan vacío, tan fofo, tan inconsistente, que creo no haber hecho nada, y todo se me vuelve humo vano, tan perecedero, tan fugaz!... Y me da miedo, un erizante miedo de que sepan que yo sé esto, y de continuar la tragicomedia absurda. Seguir siendo el poeta, el literato, el optimista luchador y sintiendo roerme el alma el desencanto más atroz, la más terrible pesadilla de una mediocridad tan duro de confesar.

Yo no creo en mí. Por lo tanto no existo. Por eso me voy. Huyo de esta inquietud maldita, vigilia torturante que me recuerda mi insignificancia. Esta es la condena más refinada que se pudiera concebir para castigar una equivocación....

Veo en el espejo trágico mi vida. ¿Qué he hecho? ¿Dónde me encuentro? Atrás no hay un camino, hay una sombra. Delante un abismo! En qué escudo de creación me defiende de la flecha del análisis?!. Y todo esto es por haber bebido veneno de saber. Oh, los malos versos y los buenos sueños! A cambio de una pequeña y limitada luz perdemos una estrella. Ese interno estímulo, esa confianza de creernos algo.

Lo poco que había en el alma se ha ido esparciendo, regalando, malgastando; se me fué el alma en aprender en vez de concebir, y ahora, en la pobre estancia vacía, el pensamiento se duele de huequismo, de inutilidad. Mi grito en la casa vacía tiene un eco enfático, sin contenido!

¡Continuar?... Valdrá un relámpago de gloria todo este inmenso dolor? Valdrá un superficial recuerdo de estúpidos bimanos egoístas esta inquisidora inquietud?

Seguir la deleznable obra del insecto microscópico que en la sombra oprimente de la cotidiana y perenne labor gasta la luz divina de su vida, y al fin de ella, detenido por su misma obra, por el Himalaya del polvillo de la madera que ha taladrado, con el orgullo de aquel túnel simétrico que horadó en eternos milenios, ve destruir con el leve esfuerzo de un pulgar y un índice humano su obra, su vida, su mundo!

Nosotros también somos « polillas » en la madera del Tiempo. La Eternidad ha de pasar sin vernos.

Muchos colegas siguen por ahí, mintiendo....

Aquel animalillo microscópico llenó su misión, no sabía otra. Pero nosotros tenemos el cerebro.

Yo no puedo seguir con mi ilusión, con mi superioridad; si quiero sonreír me amarga la boca y hago una mueca. Y el dolor, ese trágico escultor que hunde la puñalada inconniserante de sus arrugas en los corazones, ha hecho bajo mis ojos dos surcos para mis lágrimas de impotencia....

Nuestra misma capacidad comprensiva, creada con tanto amor, nos debe destruir, y quien sino nosotros limpiamos los lentes del análisis y ponemos al fuego el alfiler de sus miradas que ha de traspasarnos las carnes vivas!

Yo que comprendo, que sé lo que te expreso, debo rebelarme contra ello. Tomar el otro camino, hoy que todavía puedo.

Prefiero desaparecer a transformarme en una piltrafa que anda.

Tú habrás sentido a muchos hombres olor a muerto.

Es el fracaso que llevan dentro. Sonríen. Pero uno ve por la ventana abierta. Allí adentro está el horror.

Qué voy a hacer?... Sí, arrojar de mí eso que ha muerto, que ha fracasado, que ha dejado caer las alas en el camino y sigue, como una cadena, prendida a mi yo.

No soy sólo eso. No soy eso que ha caído. Es verdad que llevo un muerto dentro como el barco trágico de Ibsen. ¡Un muerto en la bodega!

La tripulación se amotina, reza o llora, pero va a un fin. Llegarán a algún puerto, o conseguirán una noche, en silencio, arrojarlo al agua....

Y yo, hermano! Y yo!?

He resuelto tirar « eso » por la borda, para ser otro. Tú no me conocerás más porque es posible que sea yo el que me tire, que me arroje el otro, entiendes?

Nadie más me conocerá... No tendré amigos ni conocidos ni familia ni patria, pero no llevaré un muerto arriba, un muerto en la bodega!

Es la única manera de lavar mi falta y poder vivir libre, con ese sagrado derecho de vivir que tienen las cosas, los animales y los hombres. »

Cuando terminó — hacía rato que la oscuridad no me permitía verlo — no sentí sus pasos ni el abrirse de la puerta, pero comprendí que ya se había marchado.

Encuentro a veces a Fernando Quintana. Tiene una luz nueva en los ojos. Camina más erguido, más recio. Lo veo, sucio de cal, volver de « su » obra, riendo con los otros compañeros.

Una vez lo ví entrar en una taberna.

Otra, llevaba del brazo una mujer, y una flor en la boca, como si volviese del campo.

Cantaba otra vez.

Y yo, naturalmente, no lo conozco.

ANIMAL DE COSTUMBRES....

UN tanto extrañado de la limpieza y el orden del cuarto de Goutrón, iba a felicitarlo por su laboriosidad cuando, tras los cristales de la puerta, vi pasar la silueta de una mujer.

— ¿Te casaste? le interrogué.

Y él, sonriendo, mientras liaba un cigarillo, levantó la voz, que se hizo tierna e insinuante: Isabel!... Intenté inquirir con la mirada; la mujer entraba, con una sonrisa amable iluminándole de bondad el semblante; venía secándose las manos en el largo delantal gris que vestía sobre la falda.

— El señor me perdonará, — me solicitó; sabe, una está en los quehaceres, en estas cosillas domésticas que tanto encantan a Goutrón, — y me alargó la mano mientras mi amigo la presentaba.

— Isabel, mi compañera....

Al par de las frases de fórmula nos miramos con aquella mujer de belleza ajada, de manos blancas y finas y de ojos dulces, tímidos.

Ella parecía molesta y pidió permiso para retirarse; la reclamaba la cocina, la preocupación del huésped que comería con ellos.

Mi amigo reanudó la conversación: ¿No la conoces? — Bueno, tú hace tiempo que no vas a Buenos Aires. Ella frecuentaba el café Maipú. Allí la conocí. Es una.... una... vamos.... una de esas.... Mejor dicho: era.... Ahora es mi mujer.

— Hace tiempo?

— Sí, un año o dos.... A veces me parece que la conocí ayer o que hace mucho que está junto a mí, como un lunarillo en el cual no habíamos reparado y que ha vivido en nosotros desde el fondo de nuestra vida....

Tú me sabías algo práctico, mejor dicho, despreocupado, irresoluto.... Tenía en mis treinta años, de los que había extraído y, por todos los medios, la savia de mi vida, el hastío del hombre libre, tan libre! que siente las paradójales cadenas de la libertad; esa horrible pesadez de no saber a veces donde ir, de ignorar que hacer, que pensar!... Una noche, en Buenos Aires, teniendo por delante el vacío negro de las horas que faltaban para las cuatro de la mañana en que vería a un amigo periodista, entré al café de Maipú que te mencioné, a oír la orquesta. Solo, ante mi chop que vaciaba y me volvían a llenar, observaba, mientras roíame el hastío.

La heterogénea clientela cosmopolita entraba, salía, hablaba alto, reía.... Bajo la luz blanca, deslumbradora, de los focos eléctricos, provocativas, insinuantes, con las manchas violentas de sus trajes alegres, con las plumas de sus sombreros y sus joyas falsas, iban de mesa en mesa, con sus aromados cigarillos turcos, las mujeres pintadas, compuestas como en un cuadro de cabaret, de Anglada.

Los bermellones, los carmines calientes, los verdes desleídos y los violetas que se descomponían en los rostros extenuados; los trajes, las luces; el brillo de los alcaloides que chispeaba en los ojos de las vampiras, danzaban un fantástico baile.

La música atacaba un aire frívolo y ligero como si subrayase aquel espectáculo de opereta.

De pronto, como lo habían hecho otras, se sentó una mujer a mi mesa; la miré indiferente, por curiosidad; ella sonrió intentando iniciar la charla.... Esas pláticas insustanciales, descoloridas, que tan pronto se olvidan.... Yo le contestaba sin preocuparme, casi inconscientemente, tal era la falta de interés que me inspiraba. La invité a beber por mera fórmula. Y mi compañera accidental tras el pippermint excitante se sintió sentimentalmente ablandada de confidencias. Había algo de espiritual y fino en la pobre vencida, pero no estaba yo para conquistas....

La música cesó; se hizo raleada la concurrencia; el reloj marcaba las tres y media. Pagué al mozo. Fuí a saludar a la mujer aquella y yo no sé que recóndita súplica dolorosa se asomó a sus ojos que me detuvo.... Qué nueva pena, qué callada tristeza me iba a revelar?... Me indicaba su casa?... ¿Me ofrecía su cuerpo?... Me dió más lástima que repulsión: la pobre vencida parecía vieja y fea.... Ella lo comprendió y sus mismos ojos dolorosos me desarmaron....

Salimos a la calle. Aclaraba. Ese azul blando — poesía de la aurora que vuela desde la húmeda pradera libre a los muros ciudadanos — le daba un suave

dulzor al tono opaco de la ciudad. Con la claridad me pareció más ajada, más vieja, más mal vestida la pobre mujer que transparentaba una muda y sombría desesperación.

Me habló como en un ahogado sollozo.

— No tenía ni casa. Se desmoronaba. Era evidente que se quedaba vieja. Ya no encontraba un hombre.... Esa noche se iba a ir de nuevo con el bofetón del desprecio de todos.... Hace tiempo debía la habitación. Había empeñado hasta su última chuchería.... A dónde ir?... Siquiera tuviese valor para arrojarse bajo las ruedas de un tranvía!

Sus treinta y cinco años parecían doblados bajo una decrepitud precoz.

La llevé a mi cuarto. Le pedí que se acostara en mi cama y me retiré apresuradamente a mi cita. Volvería a medio día. Entretanto ahí le dejaba unos nacionales para que comiese.... Y le dije todo eso como a una hermanita desgraciada....

Regresé a la noche. Aún estaba en casa y me rogó que no la arrojase a la calle, que la dejara estar, que haría lo que le pidiese, lo que necesitara.... Se fué a poner de rodillas, llorando; no se lo permití.... Aquello era imprevisto, inusitado ¿qué iba a hacer? ¿qué le iba a decir?

Yo tenía que darle de comer, que sostenerla. Probaría. Hallaba una ocasión para huir de esa pesadilla de las fondas que nos persigue a muerte, váya si a muerte! a los célibes.... Compré cuatro cacharros y ella empezó a hacer la comida, a arreglar el cuartojo,

a cuidarme. Era resignadamente buena y su dulzura y su femenina sumisión me fueron ganando, — como se entra la luz de la mañana en un cuarto oscuro — hasta inundar de consolación a mi alma hastiada.

Yo la había considerado como un hermano y empecé a estimarla como a un buen perro fiel, sintiendo el halago, el grato halago de sus recibimientos tímidos y elocuentes.

Se repuso, se mejoró, su tranquilidad espiritual pareció rejuvenecerla, tenía una sana y comunicativa alegría; mientras, yo me iba habituando insensiblemente a las minucias del hogar, a las monerías de cintitas, de flores, de adornillos....

Sin embargo, yo no transparentaba mis sensaciones a través de mi fría indiferencia habitual, y comprendía que aquello la afectaba, la hería. No dejaré de reconocer en mi actitud cierta influencia de mi amor propio que me ordenaba que guardase una distancia delicada de protector a la dulce mujer toda agradecimiento y humildad. E imagínate la comedia, un poco ridícula, que representábamos.

¿ Habría adquirido mi protegida un pudor nuevo en el nuevo ambiente? Casi que estaría por afirmarlo. Cuando vino la primavera a florecer sus encantos y la sentí bella y deseable, no me pude acercar a ella como a una vulgar ramera. Comprendí que se había dignificado y desde entonces, más que mi querida, fué mi compañera.

Y ha pasado el tiempo....

Sigo un fácil camino. Esta mujer se ha metido en mi vida como algo de ella, propio, natural. No con-

cibo el vivir sin sus afectos, sin sus atenciones; sin escuchar sus pasos recatados, sus canturreos; sin sentir esa impalpable alma que han creado las humildes cosas domésticas al contacto de sus manos, eso que me la recuerda en todo momento a mi lado como un maternal aliento protector.

Dicen que el hombre es un animal de costumbres.

Yo creo más. No sólo el egoísmo, lo sensual, lo tangible, crea vínculos, ata, une. Hay algo más sutil, más recóndito, que tiende invisibles lazos interiores, que nos descubre dormidos o ignorados sentimientos. Bien sé que una especie de amor ha nacido en mí por esas cosillas que antes no veía, esas cosas pequeñas que han necesitado que una luz nueva entrara a descubrirlas.

El amor eleva de categoría las míseras, las humildes cosas: mejor: las transforma al depurarlas....

Después de rodar mucho he sentido crecerme raíces de afectos.... Yo, el indiferente, el golpeado, el escéptico....

Y al hombre que ayer sonreiría con esa filosófica suficiencia pedantesca del ultra civilizado se opone hoy este ser nuevo, de pristina sensibilidad, de puro instinto, que hundiría las uñas y mordería, como un antropisco, al que se atreviese a disputarle su hembra!

Animal de costumbres....

EL FOTOPSIKOMENTÓGRAFO

TRABAJABA en la redacción cuando el ordenanza insinuó el anuncio de un visitante, dejando ese pedacito de cartulina cuadrilongo tras el que se nos descuelga casi siempre un insoportable conversador, o un ilustre desconocido entra a robarnos nuestro precioso tiempo.

— Que aguarde, iba a ordenar, pero me llamó la atención la leyenda:

Max de Tainger.

Doctor en Ciencias Psíquicas.

Inventor.

— Hágalo pasar, me corrigí.

Silencioso, con un aire de misterio, se introdujo un personaje, mal trajeado, que traía apretado bajo el brazo un envoltorio.

Le invité a sentarse. Callaba indeciso. Entre tanto lo miré: La cara seca y pálida; la cabeza grande; si algo tenía interesante era la frente abultada, comba, que parecía arrancaba de los ojos pequeños y vivos.

Continuaba el silencio.

— Ud. dirá, señor.

— Es que, es que, tartamudeó, yo necesito un poco de buena voluntad y de confianza, una protección, un apoyo. Por mi tarjeta se habrá enterado que soy un inventor, no un teórico; vengo con hechos palpables, no con hipótesis. Lo que si, como mi descubrimiento desquiciará los actuales fundamentos de la sociedad y del mundo, debemos tener cuidado.

Mi aparato revolucionará el orbe. De Ud. por descontado la supresión del telégrafo, del teléfono, del correo, de la imprenta, de los jueces, de la simulación y las mediocridades.

— Hombre!

— Sí, sí, ya comprendo, tiembla por mí. Si imaginaré la lucha que desencadenarán para defenderse de mi invento. No tengo confianza ni en el propio Gobierno, sin perjuicio que debo ganarme la simpatía de alguna persona de influencia, de alguna fracción política que me asegure una probabilidad de triunfo. Entonces atacaré a cara descubierta, y podrá Ud. revelar mi nombre.

Por ahora lo sabrá Ud. y sondearemos los ánimos, la opinión.

Ya realizado, ésto es sencillísimo. Mis primeros estudios sucedieron a raíz de haber observado en ciertos sujetos la influencia magnética que ejercían sobre aparatos eléctricos.

El psentómetro registra rudimentariamente las variaciones anímicas del hombre. Lo perfeccioné para

medir emociones — Ud. sabrá que el amor ya es mensurable y ponderable; lo he comprobado; — pero eso es la edad de piedra de la electroanimia, ya que pierde infinidad de ondas emotivas o no tiene capacidad receptora suficiente.

Ideé un amperímetro psíquico, conseguí reunir potencias de alma y ya no me restó más que catalogarlas y clasificarlas.

Parecerá ridículo decir un amor de tantos amperes, una pasión de cuantos voltios, pero es cuestión de palabras que el futuro ciudadanizará en la ciencia.

De la misma manera que esa pasta de los cilindros del gramófono recoge el alma del sonido, yo he inventado una gelatina viva que impresiona la esencia del espíritu. En ese foco hago nacer un sistema nervioso de platino y de cloruro — este es un metal radiolado nuevo — y ahí beben mis aparatos su sensibilidad activa.

He estudiado después la concomitancia de la emoción y el pensamiento, los grandes estados de ánimo, las pasiones primitivas y las quinta-esenciadas. La dinámica de la voluntad, el fuego del heroísmo y el chispazo del genio.

Ahora bien, la sensibilidad de una placa — de la misma materia que el foco central, del cual es el negativo — retrata la emoción y el pensamiento, permitiendo, con la intervención de las ondas hertzianas, reproducir o comunicarse a distancias enormes con aparatos gemelos. Esto facilitará ese arte embrionario de la fotografía a distancia.

Al reproducirse el pensamiento mediante un contacto con rodillos giratorios se impresionarán o imprimirán las ideas sobre hojas que rendirán el periódico y el libro del mañana.

Supóngase, señor, las derivaciones prácticas de una inteligente aplicación de mi aparato.

Un comité de higiene intelectual y artística depuraré el mundo. Sabremos lo que irán a ser los niños. El grado de verdad de las promesas. La capacidad de las inteligencias. Se podrán elegir a conciencia los directores de pueblos y los barrenderos. Como el dedo de Dios mi aparato les dirá a los hombres: ese es tu puesto! Y no habrá duda, vacilación ni engaño posible.

Le enseñaré el aparato, me dijo, mientras deshacía el envoltorio, Sacó una especie de casco que parecía de caucho ligerísimo, del cual pendían alambres sutiles, plateados, que se unían en uno que era así mismo en extremo delgado; me invitó a ponerme aquello en la cabeza, y me alcanzó dos pulseras de igual materia, con la misma complicada red de hilos metálicos y que debía ajustar a las muñecas. Todo se conectaba a un motorcito reluciente, junto al que se distinguían unos carretes verdes, y unas rojas, pequeñas pilas eléctricas.

Con un poco de miedo miré fijamente a mi hombre. ¿Qué intentaba? No sería una hábil maniobra de un ladrón? Sería un loco? Habría tal invento?

El sonreía, con su boca fina, con su gran cabeza lustrosa, con los ojillos vivos, como si dijese:

— He aquí el representante de la eterna estupidez

humana, la crasa y cobarde ignorancia del hombre desconfiando de lo nuevo, de lo audaz, de lo original, del rayo de adivinación que entra, glorioso de luz, en el misterio....

Y me decidí!...

Alargué las manos. Sentí el frío del casco diabólico que parecióme aplicado al cerebro y, todavía incrédulo, esperé la prueba, pero esperé temblando.

Lanzaron unas chispitas las diminutas pilas, funcionó rápidamente un volante, y toda la máquina tembló como animada de una vida secreta. Yo sentía extenuarse mis nervios, una depresión cerebral....

El hombre decía:

— La máquina funciona a sus expensas; me reduciré a decirle su pensamiento; ahí está, también, todo su yo.

Se atenuó la marcha del aparato. Cesó. El inventor quitó del cilindro una hojilla tenue toda llena de manchitas y signos.

Sonriendo, me dijo:

— Dudaba Ud. también, me creía loco; sin embargo, ahora — y me hizo más bajo otras revelaciones....

— ¡Hombre!... — Realmente sentí el miedo....

— Verá como se revoluciona el mundo. Lo más práctico es empezar por las escuelas del Estado; por lo menos, que se enseñe a los niños mi abecedario....

Si Ud. me diera una recomendación para el Señor Ministro de Instrucción Pública.... —

Necesitaba que aquel hombre se fuera. Accedí.

Escribía la epístola; él me dictaba:

Fo-to-psi-co-men-to-gra-fía....

....Max de Tainger, Doctor en Ciencias Psíquicas
— Inventor.

Yo me he quedado cavilando sobre las peligrosas e imprevistas consecuencias del invento, y he resuelto telefonar al Ministro para que no lo reciba.

Felizmente, señores, podemos seguir durmiendo tranquilos. El sujeto, que ha resultado ser bolschevique: — pretendía seleccionar científicamente los hombres para regenerar la humanidad! — ha sido detenido por la policía. Su aparato está en el Arsenal de Guerra, por las dudas....

En cuanto a él, esperamos que lo deporten.

LA TRAMPA

ERA yo escribiente en la Comisaría de la Sexta Sección del Departamento del Salto y subordinado, en consecuencia, de don Julián Ortiz, el primer comisario, paisano apuesto, con fama no desmentida de suertudo don Juan gaucho, de botas, golilla y bombacha.

Nuestra jurisdicción, pacífica, estaba compuesta por grandes predios dedicados a la ganadería y aquella aldeíta de una sola calle donde cabían, holgadamente, la herrería y carpintería, el almacén enciclopédico — única casa de material, — una fonda criolla — de las del clásico charque y los bifés a caballo, una zapatería y el añadido del barbero guitarrista, conversador y pintoresco — aunque no hasta el extremo del que nos pintara Carlos López.

A esa calle huérfana, ancha, de piso natural, que corría entre los grisáceo - amarillentos edificios chatos, — adornada por un frondoso y decorativo ombú — a cuya sombra dormían las siestas los indígenas, — se daba en llamar « Pueblo de Santa Ernestina », no

faltando paisano viejo y dicharachero que, con su ingénita agudeza, hiciera un feo juego de palabras con el sagrado nombrecito.

Pocas eran las distracciones del ambiente: algunas carreras a cada muerte de obispo, el casín, la carambola o el truco aburridos de la pulpería, y la pesca, a pesar del acaparamiento que, con una ingeniosa trampa puesta en un sitio angosto del arroyo, hacía el italiano zapatero del lugar, don Pedro Bottino.

El paisaje bucólico, el arroyo pintoresco con su monte espeso, no eran horizontes que fueran a delimitar la imaginación fogosa y emprendedora de nuestro superior jerárquico y ya que era serio y comprometedor el amorío con las señoritas del almacén o con las hijas del estanciero A. o B. derivaba aquel sus incendiados entusiasmos a pájaros de menor vuelo.... Así se justificaba doblemente la atracción de aquella golosina de chinita fresca y tentadora que uno no se explicaba como se la había agenciado don Pedro Bottino.

El comisario, para no suscitar desconfianzas en el italiano, celoso como saben serlo los meridionales, no llegaba sino de tarde en tarde a su casa y eso mismo por necesitar del « maistro » : ya sea para componerle unas botas o fabricarle otras de buen charol francés la caña y el pie de cabritilla garantida.

Sin embargo, para cambiar las cuatro palabras lisonjeras y el regalito halagador se había dado maña el emprendedor tenorio y como todas sus « cargas » fracasaban en la obstinada prevención del marido ca-

sero, hubo de confiarme su cuita y su decisión de llegar al fin, aunque le costase un ojo de la cara!

Había que darle una manito y cavilábamos sobre la forma de alejar al hombre de la casa.

Tostábanos a la sazón un verano terrible de cuarenta grados a la sombra. Los campos más que amarillar parecían arder con esas plantas blancas, medicinales, que llaman turubí. Como aquellos parajes tienen el subsuelo pétreo, macizo, el calor almacenado en el terreno durante el día no se neutraliza hasta altas horas de la noche. Entonces, cuando aún estaban « hirviendo » las grandes piedras oscuras del arroyo, o bien en la frescura de las madrugadas, acostumbábamos bañarnos.

Conseguimos arrastrar al italiano al rústico balneario, pero ya sea por desconfianza o porque realmente fuera poco afecto al agua, el caso es que prontito no más, ni bien se remojaba como un gato al lavarse la cara, se nos escapaba.

Conocida su más grande pasión, consistente en la caza de los peces con la citada jaula, se le hizo robar el pescado con el propósito de desazonarle y hacerle salir.

El damnificado aguardó unos días y archiconvenido de que continuaba el hurto, se nos presentó desolado en la comisaría.

— Qué milagro por aquí, don Pedro.

— Ostede han de sapere il robo de que sono víctima....

— Nos da una novedad.

— Ma todo il mondo lo sá.... El aroyo será de tutti, ma la caula è mía!

— Nadie se lo va a negar....

— No es que me lo niega, sino que io caliendo l'agua e l'otro si piglia lo mate....

— Ah! ahora vamos cayendo....

— Lo pescado son lo que vano cayendo y lo ladrone pícaro se lo portan!...

— Tomaremos las medidas del caso.

El negrito brasileiro, magro y alto, — cebador de mate, — mostraba los dientes entrometiéndose:

— Ora.... teim gente muito diaba....

No hicimos nada, naturalmente. Y cuando, hecho una furia, volvió el zapatero, le propusimos, sin rodeos, hacer, con él, la pesquisa y sorprender infraganti a los malhechores.

Aceptó.

Nada de dilaciones. Iríamos esa misma noche.

— Si no es il vieco Tadeo, e il indio Maneco! adivinaba rabioso.

Llevaríamos los mausers y él su escopeta vieja, aunque excelente, cargada con balines, por las dudas.

Formarían la expedición el denunciante, el sargento Peralta, a quien enteramos del asunto y yo, — ya que el « Primero » pretextó un viaje a Carumbé, a las carreras que allí se realizarían, llevándose entre su escolta al miliquito brasileiro.

Al caer la tarde fué el negro a buscar la escopeta, la respetable escopeta de don Pedro.

— Pra que a gente naum se de conta, lo engatuzó.

El italiano encontró acertada la idea. Así ni el viejo Tadeo ni el indio — supuestos ladrones — lo verían salir a él con el arma; supondrían cuando la llevaba el milico, que era la de reglamento.

Se le sacaron los balines terribles, capaces de dejar seco a un toro, con la carga bien baqueteada, hasta medio caño casi; el brasilero mismo reventó los dos tiros y la cargó con pólvora.

A las diez, tomando todas las precauciones del caso, llegábamos al arroyo. El comisario ya emprendería su viajecito....

Sigilosos, mudos, encorvados por entre la sombría masa de los árboles, nos corrimos monte abajo, del lado izquierdo del Paso de las Piedras del Arerunguá, hacia el sitio de la trampa.

Estaba oscuro. Hacía un calor sofocante. De la tierra salía un vaho tibio, y el olor de las hojas y las resacas de las crecientes, al fermentar.

Nos acercamos al arroyo que se enanchaba en dormido y dulce remanso, horadado de puntos luminosos por el reflejo de las estrellas, para cerrarse después en angosta garganta donde oficiaba su papel traicionero la fauce glotona de la habilidosa trampa.

Psscht....

Creímos percibir un rumor y tras unos: uffs!

uffs! se sintieron unos golpes en el agua del lado de las barrancas.

Con la escopeta pronta apuntaba el zapatero.

— No tire, que son carpinchos....

En el agua relucieron fugitivas unas ondas que vetearon su pulida superficie de jaspe raro.

Bullía el agua, como rebelándose, frente al obstáculo y se presentían los coletazos de los dorados ariscos, de los sábalos, de las rápidas tarariras de panza blanca que gustan dormir al sol, y el temeroso agitarse de los bagres, mentados por feos.

En voz baja cambiábamos ideas:

— No hay que « desparramarse » mucho....

— Vaya que nos chumbiemos en el oscuro....

Nos situamos estratégicamente. Callados, esperamos.

De noche, el bosque, — enorme borrón impenetrable, apenas perfilado por la tenue luz de los astros, — alienta con una extraña vida propia. Su silencio especial hace agudizar los sentidos en procura de la percepción nítida de ese palpitar invisible al que integran gritos de pájaros, quebrarse de ramas, gemidos, crugir de troncos, pasos de alimañas.... El espíritu se predispone a lo fantástico y sobrenatural. Se explica entonces el miedo, se vuelven cosas vivas las absurdas leyendas criollas y había que suponer, ya que hasta nosotros llegaba la misteriosa influencia, cual sería el estado de ánimo de don Pedro.

Nos chistábamos cuando creíamos percibir algo sospechoso y aprestábamos las armas.

— Lo q' es el gringo no se duerme, susurrábame Peralta.

— Y don Julián, aventuraba yo, más alto: por dónde se andará hamacando?

— Galopiando a estas horas, decía el sargento con sorna; aprovecha el fresquito y el güen andar....

— Ecco.... Cortaba el italiano preocupado con el « ladro ».

Peralta insistía, picaresco:

— Lo extrañará la patrona, eh?...

Pasaron unas horas y cuando debíamos dar por cumplida nuestra misión, sentimos del lado opuesto a donde hacíamos guardia el inequívoco ruido de un « cristiano » que se acercaba, rompiendo las ramitas con sus pisadas.... Luego precisamos un bulto blanco, alto.

— ¡Qué era aquello!

— Si nos irá a resultar lo de la mula blanca del « paraguay », dijo el sargento.

La figura blanca crecía, crecía, después se confundía entre los matorrales al empequeñecerse como por obra de magia.

— ¡Un fantasma!

— Animas benditas! se santiguó Peralta.

Y don Pedro, que no quería saber de supersticiones, ya apuntando, me interrogó criollamente:

— ¿Le meto!

— Espérese un poquito, mire....

Pero ya entre el fogonazo cegador, estallaban casi simultáneamente los dos tiros.

— Prrrum!... Prrrum!...

— Cantó p' al carnero ese maula, gritó Peralta, enardecido, y vimos caer y desaparecer la figura blanca.

El zapatero quería pasar el arroyo para verlo.

— Es peligroso, le afirmaba.

Y el sargento para mostrar sus agallas dijo que iba a ir él solo.

Tras unos minutos de expectativa la voz de Peralta nos anunciaba:

— Lo basurió nomás.... Ha caido en un charquito, aquí....

— Déjelo, sargento, ordené. Vamos. Y a don Pedro:

— Caray! amigo, la que hemos hecho....

— Ma decimo q' era in defensa propria....

— Aunque sea para llenar la fórmula, ahora tiene que marchar preso con nosotros.... Ya se arreglará todo....

Se nos incorporó el sargento, que charlaba por los codos, y marchamos despacio, « dilatando » tiempo.

Al otro día se hizo una inspección en el sitio del suceso y encontramos solamente unos pedazos de género en los garfios de unos ñapindaes. La trampa estaba vacía.

Allí había daño o cosas del otro mundo, comentaban los paisanos.

Al regresar el Comisario de Carumbé llamamos a

don Pedro Bottino como testigo de lo acaecido. El sargento declaró entre asustado y temeroso:

— Aura que todo es pasao me dentra miedo; yo lo vide, ahicito nomás estaba finao y al otro día nada, ni güeyas de sangre....

Dejuro era algún lobizón!...

El miliquito brasilero cuya opinión era de que « a gente era muito diaba » y seguía en su importante tarea de cebar mate, mostraba otra vez la « mazamorra ».

Después le compró al italiano, por una bicoca, la trampa asombrada....

UNOS SIGNOS NEGROS

UNA cinta de papel y unos trazos y unos puntos negros hablan aún del raro drama sin testigos acaecido en Chuy, hace unos años.

Espectador ciego a cuatrocientos kilómetros de distancia, me llegaron los perfiles trágicos del suceso, como terribles punzadas en el cerebro, en los centros nerviosos....

El genio humano ha conseguido percibir, — salvando espacios, — la postrer imprecación, la última súplica dolorosa del operador telegrafista, que clama socorro desde un buque náufrago.... Yo me imagino la sensación del que recibe el desesperado mensaje y el sufrimiento doblemente horrible de constatar la descarnada convicción de su impotencia, ya que conservo precisos e imborrables los momentos en que me fui enterando de la triste historia que narro.

Una noche fría y tempestuosa en que se hacía difícil la recepción, dormitaba yo, en mi guardia, junto a la mesa de la Morse, dando de vez en vez una absorción a mi pipa medio apagada.

Afuera, el viento — como un gato rabioso — maullaba y restregábase contra los cristales.... En uno de esos intervalos de lucidez entre un sueño y otro, se me ocurrió pensar en la pobre gente a la que hunde sus alfileres de hielo el frío, y acaricié con la mirada agradecida la estufa confortable — maravillosa flor de civilización — que me brindaba su calor benéfico. Por una lógica asociación de ideas recordé a Barralou, al pobre Barralou, que estaba confinado allá por el extremo del país, a orillas del océano, en un verdadero desierto de arena, de soledad y frío.

No era para mi temperamento sociable y comunicativo aquel ambiente desolador. Es un paisaje de fiebre, árido y escueto. Sobre la movediza arena amarillenta, que forma dunas, que lleva y trae el viento, se alzan los edificios míseros, frente al mar que ruge sordamente, noche y día. Por el norte, los montículos arenosos donde crece una especie de gramínea raquí-tica cuyo color pajizo apenas la diferencia del suelo, y después el mar, por el que cruza de tarde en tarde un vapor lejano, con su penacho de humo que se desfleca caprichoso.... El cielo — torvo y gris en invierno — para el que parece hecho el chirrido áspero de las gaviotas, de vuelo torpe y tardo.... Luego el continuo viento, el viento obsesor, que llena la cabeza de un zumbido de marea donde se cree percibir extraños lamentos, clamores, llamados.... Nada más fastidioso que el eterno gemir del viento....

Sin embargo, Barralou había ido allí con gusto, al parecer. Un contraste sentimental lo había quebrado

un poco. Nos dijo que necesitaba de tranquilidad y creyó que con sus libros, — que eran su pasión dominante, — y su dolor, hasta curaría un principio de arisca neurastenia que le minaba. Por todo eso nos agradeció la deferencia de dejarlo ir a enterrarse, con el otro empleado, un viejo medio loco que tenía veinte años de servicios allí y que, junto a su manía de no hablar casi nunca, escondía su vicio alcohólico. Este hombre había de ser más tarde la supuesta víctima del drama envuelto aún en denso misterio. Acompañaba también a estos dos empleados de la Western Ltd. un peón, que en procura de víveres iba al pueblo continuamente, y el que no se encontraba cuando acaeció mi narración.

Nosotros fuimos con delegados de la policía de la capital y pudimos reconstruir imaginativamente algo del drama sombrío y horrible que se desarrolló allí, ya que el pobre Barralou apenas si me dió, telegráficamente, unas vagas luces, antes de perder la razón.

Visitamos la casilla donde se alojaban los compañeros telegrafistas. La torre de hierro adjunta, que parece un enorme caño de chimenea, donde están instalados los aparatos, se comunica por un pasadizo de madera y zinc que da a la pieza principal donde se alojan los encargados de la estación.

Aquella noche, en un tartamudeo atropellado, como si el aparato receptor estuviera animado de una fan-

tástica vida, en contracciones epilépticas, me esbozó cruda, sintéticamente, la tragedia.

A las primeras frases me incorporé de un salto, — nosotros leemos las comunicaciones con el oído, — pero yo noté algo anormal y, todo latente, emocionado, tuve la necesidad de ir mirando y oyendo con toda el alma la voz lejana que transformaba el aparato en algo vivo, sensible, capaz hasta de una inteligencia propia.

Nunca he vivido momentos de tan culminantes sensaciones. En los anchos minutos en que iba entrando en la nebulosa trama, me identificaba en tal forma con la tragedia, que la iba viviendo, apreciaba gráficas y elocuentes sus expresiones, y me hacía la idea, a veces, de ser un muñeco al que una polea que gira vertiginosamente le hace voltejar en un remolino furioso....

Tic, tic, tictac, tictac! tic! tic! tac! tictac!...

— Hermano! Hermano! ¿Atiendes? Sí!... Es horrible!... ¿No te había dicho antes? Siénto que viene Martínez!... — (¿Martínez?... Este era el empleado a quien Barralou sustituía y que hacía unos meses desapareciera misteriosamente). —

— Ya ha venido otras veces.... Me hieló de frío, se me agarrotan las manos, me castañetean los dientes y no me puedo levantar.... Ahí llega... ¡Entra!... Sin darme vuelta adivino que me mira. Me mira con sus ojos vacíos.... ¿Qué busca?... No me animo a preguntárselo.... Masculla algo como un rezo, y su voz me rompe los nervios.... Ahora se va.... silenciosamente.... deja la puerta abierta, y la casilla se llena de fantas-

mas que se precipitan dentro con un olor de algas podridas, de mar y de muerte!... Serán los ahogados que no tienen sepultura....

Tic, tic, tictac, tic, tictac!...

— Los he echado. Cerré la puerta y estoy sin miedo.... Que se quede fuera también Martínez.... ¡Ahora golpean, golpean!... gritan!... Trancaré bien la puerta. No entrarán.... ¡Oh!, se habían quedado algunos monstruos dentro! Salen de bajo de las camas, de los rincones.... se acercan a ahogarme! Sacuden toda la casilla!... Por ahí deben matar a alguien!... Se oyen gritos de angustia en la noche!!

Tic, tic, tictac, tic, tictac!...

— Todo lo que he puesto contra la puerta es poco. Es que Martínez es capaz de entrar por cualquier rendija.... Sí! Sí! lo veo; mete su espíritu por ese agujero y después introduce, átomo a átomo, molécula a molécula, como un humo, su cuerpo muerto. ¡Cómo se forma lentamente! Estoy como si me ahogaran, como si una mano invisible me llenara los oídos, la nariz, los ojos, de arena.... Ya sólo le falta la cabeza!... Ahí está la cabeza, con los ojos vacíos!... ¡Vienen!! La atajo!... La tiraré afuera!...

Y mis miradas, como hipnotizadas, resbalaban por los muros blancos de la oficina, cual si a cada paso fueran a descubrir las visiones extrañas, y volvían a la cinta, desesperadas de su lentitud matemática....

Se detuvo de golpe el mecanismo. Los puntitos y

las rayitas negras cesaron. Quedé suspenso ante el aparato mudo. Pálido, tembloroso, transpirando un frío sudor, inquiriendo imposibles, deseando que aquel muerto organismo de metal me contestase, y en balde, con una horrible tensión nerviosa, cogí el manipulador e interrogué, interrogué largo tiempo!... E imaginaba mis gritos horrorizados, perdidos en una densa negrura sin ecos! ¡ Como el clamor desesperado de un hombre, que, en la noche, cae dormido al mar!

A Barralou lo hallaron semidesnudo en la playa, puestos todos sus sentidos en descifrar la voz del viento obsesor....

Después de la noche trágica, el océano avanzó singularmente, queriendo lavar, quizá, aquel borrón de demencia y horror; todo tiene allí un olor a moho, a agua corrupta, a cieno correoso....

Los objetos destilan una baba de espumoso salitre.... Nos parece tener la boca amarga, llena de granitos de arena fétida....

En la casilla yace, entre una confusión de ropas y muebles, un cuerpo humano decapitado que no se puede identificar.

Y mientras escrutamos por los rincones, se nos ocurre que hemos de encontrar la cabeza informe y repugnante, de ojos vacíos, de aquel cuerpo fofo, de un verde gris plomizo, que semeja un enorme pez hinchado.

LA PICADA ASOMBRADA

EN la cocina de los peones de la estancia, esperando que aclarara la madrugada oscura y fría, mateábamos sentados en rústicos bancos de ceibo y en cabezas de vaca, alrededor del fogón que ardía en el suelo.

Eramos hasta nueve: el capataz, un viejo puestero y su hijo, el peón casero, un negrito, — el cebador del clásico mate, — tres peones, simpáticos tipos de criollos, y yo, que por curiosidad había madrugado y formaba en la rueda.

Con la puerta cerrada, el ambiente se hacía pesado entre el humo de los cigarros, de la grasa del costillar de cordero que desde el asador goteaba sobre las brasas que quedaban chillando, — y de algún mata-ojo un poco verde. Al negrito cebador de mate, porque lo requería su ocupación, lo alumbraba un candil de aceite de potro, cuya luz nacaraba la blancura de sus dientes cuando reía sonoramente de los chistes que se narraban.

El viejo puestero, que tenía fama de decidor y jaranista, había callado como si hubiese terminado su

repertorio. Casi todos habían hecho desfilar las figuras caricaturescas de gallegos y cocoliches maturrangos a través de risueños relatos.

Mientras se churrasqueaba, cortando con los filosos cuchillos trozos de carne dorada, que se revolvían en una lata llena de fariña y que en la punta de los mismos cuchillos se llevaba a la boca, un paisanito bajo, que había estado cavilando muy serio, como en una profunda preocupación, le dijo al capataz:

— Cuento, don Peralta, lo que le pasó en la picada «'el muerto».

— Si es corruto pa todos, contestó el aludido....

— Es lo mismo, lo animó otro.

Todos callaron. A la sola evocación de aquello parecía haber corrido un escalofrío de terror en la tertulia que hacía un momento estaba toda animada de campechana y comunicativa alegría.

En la negrura de la cocina ahumada, rodeando el fuego que les recortaba en perfiles violentos y precisos, dando como pinceladas rojas en uno u otro lado de los rostros bronceados, parecía el cuadro un extraño conciliábulo.

Había en el grupo esa ansiedad mezclada de temor que se experimenta colectivamente cuando se va a oír una narración extraordinaria, casi inverosímil, pero a la que la simple convicción del paisano le presta visos de verdad.

Afuera, graznó, agorera, una lechuza. Alguien se santiguó.

— ¡Cruz diablo! masculló — cortando el maleficio

en la supersticiosa costumbre tradicional, — el negro cebador de mate.

El capataz era un hombre fuerte, de negros ojos vivos, de mirada penetrante y cara dulce, a pesar de la rigidez cerdosa de sus bigotes y su barba que le delataban la procedencia indígena. Tosió el hombre; luego su voz, que tenía inflexiones agudas, se dejó oír sonora en la mudez de la negra cocina, ante el auditorio callado.

Aquella gente habría oído muchas veces quizá el mismo cuento, pero guardaba un religioso silencio como en la solemnidad de un rito consagrado; y algo de eso hay porque el paisano sencillo y franco, quieto y romántico, salpica siempre sus veladas con «historias» fantásticas o con las leyendas populares de las «ánimas», los «aparecidos» y los «lobizones».

— Ustede que me conocen sabrán si tengo miedo, decía el capataz.

Lo interrumpió el paisanito que le había pedido el cuento, haciendo una especie de saludo militar.

— Mi sargento, yo que lo vide en una carga como la de Tupambai, puedo decir q' el miedo cambea 'e rumbo cuando lo ve venir.

El capataz, satisfecho y halagado prosiguió:

— Güeno, jué cuando se enfermó el hijo 'el patrón; había que dir hasta lo del médico; era caso de apuro. Pa cortar camino ahi estaba la picada como ofreciéndose. Yo había oído decir muchas cosas de la picada: que se oían lamentos, que se aparecía una mujer, que salía el turco sin cabeza!... El mismo turco

que ahí mataron y degollaron pa robarle las baratijas.... ¡ Bah! cosas de maulas, decía yo. Después iba bien montao y no se me caiba el facón de la cintura. Me dieron el encargue de boca y me jui a media rienda hasta que vide unas lucecitas gambeteando po-el suelo: eso hay siempre donde hay dijuntos enterraos. No tenía miedo, pero me puse a pensar en todo lo que se decía 'e la picada. Entre el ruido 'e las patas 'el caballo, frente a la isleta 'e los ceibos, me pareció oír quejidos y voces. El matungo se sofrenó solo como si lo hubiesen agarrao 'e las riendas. Escuché.... nada.... no veía nada y el caballo se espantaba bufando y quería rëcular.... Yo debía 'e tener los ojos como lechuzón de abiertos. Sentí un frío en la nuca, como si me hubiesen voltiao agua de escarcha que me bajaba de golpe po-el espinaso, y me sudaba helao en la frente. Sentía quejidos otra vez: aura eran claritos! ¡ Vamos! le dije al matungo y de balde no iba a mañerear: una sombra lo tenía 'e la rienda. Con las carretillas duras, le hablé al bulto:

— ¡ Epa! si sos alma viviente pedí lo que querás y si sos ánima que andás penando.... No pude seguir; quise ponerme el cuchillo en la boca, q' es güeno.... y estaba todo duro.... Me zumbaban los oídos, estaba todo erizao; el caballo temblaba y cerré los ojos cuando vide que una mujer de blanco se sentaba en l'anca 'el animal.... Entonce sí me dió frío hasta los güesos y se me acabaron las juerzas....

Al otro día me encontraron una legua p' abajo 'e la picada; tenía un pedazo 'e género blanco en la mano....

Cuando el Dotor supo lo que me había pasao se rió, como se saben reír todos los puebleros.... Dijo que el caballo después de la espantada, habría entrao en l'agua, que la mujer que me abrazó sería algún sauce llorón mojado, q' el frío era 'el agua 'el arroyo....

El capataz calló. Por los rincones de la cocina parecía que despertaban con vida las sombras....

En el silencio sonó la voz del viejo puestero:

— El Dotor lo arregla muy bien, pero ¿ y el pedazo 'e género blanco q' éste tenía en la mano? Eso era 'el vestido 'e la mujer.

La palabra de uno de los peones afirma, llena de convicción:

— No hay güelta!

Afuera ahulló larga y tristemente un perro.... El trafoguero y los tizones se llenaban de ceniza. Bailaban fantásticas las sombras sobre las paredes negras.

Se entreabrió la puerta: todos miraron estremecidos: era un perro viejo que entró meneando la cola....

Por la abertura de la puerta se veía el campo, débilmente aclarado por una tenue luz de un pálido rosa dorado....

— Ya es día, vamos! ordenó el capataz.

Fueron saliendo los hombres: lentos, silenciosos, felices de dejar entre las sombras de la cocina negra, el espectro del miedo que se había venido a sentar en la rueda del fogón.

EL COMPAÑERO

COMO animales, tirados sobre la cubierta del crucero, íbamos presos para Puerto Frío alrededor de doscientos encausados. Reos político-sociales, se nos trataba a golpes y denuestos, con mala comida y peor higiene; expuestos, a la menor infracción al severo régimen, a brutales y vejatorios castigos. Nos habían rapado la cabeza sin consideración, nos torturaron con esposas a los más peligrosos, y con la consigna de « matarlos sin asco » se turnaban los centinelas en los relevos, dándose las indicaciones de ordenanza y repitiendo en voz, asaz inteligible, la amenaza macabra.

No teníamos noticia alguna del movimiento social iniciado hacía ocho días en la Capital.

Sin prestar mayores declaraciones, golpeados, derrengados, algunos heridos, nos clasificaron entre el elemento terrorista, y sin abrírnos causa, ya que la situación era difícil y extremadamente delicada, según el criterio del gobierno, se nos ponía a buen recaudo en el barco de guerra, que ya nos conduciría a la lejana tierra inhóspita.

Así se explicaba aquella heterogénea reunión de tipos, muchos de los cuales, a pesar de la afinidad ideológica, nunca nos habíamos visto ni tratado. Había rusos: individuos sufridos y silenciosos, expresándose con dificultad, que iban a la lucha por una ingénita necesidad de devolver los viejos golpes del knout que desde remotos tiempos daban los señores de su raza; había italianos; gallegos verbosos y menudos; catalanes ásperos; algunos criollos amigos, de tez enfermiza y mirada triste y serena.... A mí me habían tomado en « La Barricada, » con otros redactores, de los cuales algunos ya se habían perdido de vista definitivamente....

De tarde, antes de la oración, a un toque de clarín, debíamos formar sobre cubierta y repetir nuestros nombres, a la orden imperativa de un impertinente oficialillo. Indudablemente se buscaba pretexto para castigarnos, ya que era imposible evadirnos del barco, en pleno mar.

Era lógico y natural que no tuviéramos confianza en los individuos desconocidos, aunque aparentemente fueran víctimas de la misma dura suerte. Más de una vez surge el traidor, el « perro » policía, que con la piel de cordero se mete entre filas para llevar a cabo un mezquino espionaje subterráneo. Por este motivo nos cuidábamos de los individuos que nadie conocía como amigos o como revolucionarios. Uno de estos, de quien me tocó ser compañero de dormitorio improvisado, me inquietaba.

No lo creía espía. Miraba de frente y tenía la mi-

rada sincera y limpia, pero era sumamente nervioso, no parecía encontrarse bien entre nosotros y eludía en lo posible el contacto o la vista de los oficiales. El se encargó de contarme su historia, una noche, mientras dormían los prisioneros y cruzaba a pocos pasos nuestros el centinela armado.

— Yo no soy un « agitador », me dijo. Todo lo que hay es que se me despertó dentro el hombre, en cuanto tiene este concepto de altura, de dignidad, de varón. Creo, amigo, que debe ser muy difícil cambiar así como así de ideas, de modos de ver. Pero si sometieran a la mayoría de los humanos a la prueba trágica y horrible a que estuve expuesto, no se pensaría lo mismo; quizá una simpatía cordial los acercara a esa ruda masa vejada que un día se alza en su natural reacción no midiendo distancias, no distinguiendo planos, arrasando como una marea, pero llevando una elevada palpitación de ideal, quizás de ensueño!... ¿ Divago, amigo?

— Hable, compañero.

— La lucha, forma de concretarse una aspiración, es una ley natural de los seres. El hombre tiende a la perfección, a la superioridad. El tipo elevado se concreta al alma, la pule, la afina, la desmaterializa. El hombre común tiene también necesidad de esa lucha, de esa aspiración, que, cuando menos, se hace romántica cruzada de derechos desconocidos y de reivindicaciones justicieras.

Enciérrense unos en egoísmos criminales, legislen o teorícen otros, den o nieguen razones, la cuestión

es que está ahí el problema vivo, y a veces entenderlo es cosa de corazón, por aquello de comprender para amar.

Y cuando uno menos quiere creer, el drama va a buscarlo, lo rodea, lo incita, e inexcusable, impositivo, da un minuto, un solo segundo veloz para que uno se ponga del lado de la mezquindad rastrera o del ideal casi inaccesible, y por eso ideal!

Nunca había pensado en problemas sociales. Sin una vocación definida, me dediqué a la carrera de las armas y por esa misma falta de vocación quizá me he podido salvar de ese instituto retardatario y amoral. De guarnición en provincias; jugando al billar en los clubs de los pueblos; haciendo el amor, como el tordo, al descuido, vinieron los grados, y héteme teniente, empezando a sentir, si no cariño, apego a la carrera fácil y a la cohorte de comodidades y de vulgares satisfacciones que me deparaba, cuando, de pronto, a media noche, un día imprevisto, nos embarcamos para la metrópoli, obedeciendo a una terminante orden telegráfica.

¿ Qué sucedería? ¿ Una guerra? Era tan problemática una guerra en América. Sin embargo, por allí se abría sonriente el porvenir. Entre la sangre y el combate, el humo y la muerte, nos aguardaban los galones, los triunfos y la gloria. Aquel era nuestro medio. Lo que debíamos esperar siempre. No pensé más. Aquel horror, aquella sombra, aquella hecatombe en perspectiva, no me hizo hesitar un punto. Al toque del clarín, bajo el retumbar de las descargas y el relampaguear de los aceros, iríamos a la victoria!

Pero ya estábamos en la capital y fué grande la desilusión. Nada de lucha bella y trágica. De triunfos, de combates. De aguardar, valientes y heroicos, al enemigo decidido. No! Era eso que usted conoce. Las cargas salvajes contra el pueblo indefenso. El fusilar a mansalva a los pobres hombres desarmados que huyen. El asaltar locales. El romper bibliotecas, amigo, para dejar desfogar a la tropa ignara.

Por momentos esperaba yo una orden de esas que consideraba degradantes y vejatorias. Hicimos un día o dos pacíficas guardias y después, con una compañía, hube de ir a guardar el Congreso. Las noticias daban por dominada « la revolución social ». Se había hecho un conato de apaciguamiento. Se retiraron tropas. Se suspendieron guardias y el pueblo, al regreso del cementerio, donde llevaría esa tarde sus ochenta muertos, se reuniría frente al Congreso.

En la sombra, traidoramente, se preparaba la emboscada; en varios sitios se habían apostado, en secreto, tropas, y yo tenía bajo mi dirección una ametralladora, en la torre central del edificio. A través de los vidrios de una ventana — que había de romper al hacer fuego — se dominaba la ancha perspectiva lisa de la plaza y las calles que desembocaban en la principal avenida. El Coronel X mandaba las tropas. A su alcance estaba el timbre que me debía anunciar el momento de romper el fuego. Aquella orden yo sabía que llegaría; de cualquier manera, iba « a ser preciso ». Un asomo de protesta me impulsó.... no sabía que iba a decir:

— Coronel....

— Teniente, cumpla con su deber!... — No me dejó ni hablar.... Este hombre está mecanizado por la disciplina....

Tenía sólo un cabo y un soldado a mis órdenes. Subimos, y cuando desde mi atalaya cobarde contemplé la afluencia del pueblo, me empezó a temblar el corazón. Allí estaba, fría y ciega, la muerte, en aquella máquina de metal que a la presión de mi mano segaría a la multitud indefensa. ¡Cómo decirle a esa gente que había en la sombra un monstruo enemigo que cortaría, al golpe de un timbre impasible, un montón de vidas, de esperanzas, de amores....

Empezaron a afluirme como un desbordamiento las ideas. Uno puede matar en un momento de acaloramiento, de fiebre ancestral, pero asesinar fríamente, cobarde, arteramente a aquellos hombres que, después de todo, hasta quizá tuvieran razón, no podía ser!

Se engrosaba continuamente la manifestación. Sobre la hormigueante masa negra flotaban las rojas banderas; salía de aquella multitud exaltada un clamor de venganza, de odio y de esperanza, y yo sentía repercutirme en el alma aquel clamor.

Estaría pálido, con esa rara emoción que me ganaba. Así veía a los soldados que miraban por la ventana. Uno dijo:

— Y serán gringos todos?...

— Son hombres! le reprendí.

Se acentuaban los gritos. Se alzaban amenazantes los puños. A menudo se veía arremolinarse los grupos

e ir hacia un lado y otro. De pronto sonó un tiro, y otro y otro, y otro.

Los soldados ocuparon sus puestos. Abrieron las cajas de la munición. Ajustaron la cinta de metralla. El cabo elevó la mira y observó por entre la guía de acero reluciente.

Yo estaba ahogado, sudando, horriblemente nervioso.

De repente, la multitud se dirigió hacia el edificio, y sonó el timbre, impositivo, insistente.

Yo eché la mano a la rueda de la ametralladora y quedé duro, rígido, sobre ella! El timbre continuaba, desesperado....

— Fuego! mi teniente, me recordó el cabo.

— No!, no!, no!, le respondí, y empuñé el revólver.

Fué cosa de un instante, recapacité, apunté al aire, y tembló la habitación con el repiqueteo incesante y terrible.

El cabo intentó corregir el tiro. Me creyó loco y quiso dominarme. Lo tuve que matar. El otro soldado huyó, y entre el ruido y la confusión, yo conseguí escaparme.

Con mi revólver, con mis balas, me he puesto del lado de los «foragidos», y aquí me tiene usted, mientras no me identifiquen, quizá con mi sentencia de muerte ya firmada....

Sí, quizá firmada cuando me narraba su historia.

Ese compañero, como tantos otros, también «desapareció»....

LA MUCHEDUMBRE

ESTÁBAMOS tras la elegante vidriera de un café céntrico. Observé a mi amigo que miraba inquieto, sobresaltado, con una avidez nerviosa y una intensa preocupación. Se dijera que por momentos aguardaba que alguien le agrediese.

Para distraerle, le hablé de las mujeres, bellas y rítmicas, que desfilaron bajo el engolosinamiento de los ojos masculinos, y del movimiento de peatones, acentuado en el anochecer.

El no me contestó, se transparentaba su dolorosa inquietud; se cambió de silla y sus miradas temerosas cruzaron por sobre mi hombro hacia la vía.

Bebió otro ajeno y díjome que le convenía ocultarse, pues peligraba si lo reconocían, ya que estaba convencido que la humanidad estaba complotada contra él. Como te consta — agregaba — yo hace mucho tiempo que me he desterrado voluntariamente y que hago vida de misántropo, pero hoy me ha sido indispensable salir.... Ahora me quedaré, esperando que cierre la noche para huir hacia mi escondite.

Y con la cabeza metida entre los hombros, que parecía hubiesen crecido, continuó, en voz sorda, quejumbrosa, el relato de sus desventuras:

Yo era un hombre normal, lo bastante tímido para preocuparme del prójimo, al que respetaba, cuando — confío lo recordarás — se me ocurrió escribir una comedia y eso, tan trivial — ya que hay tanto fracasado — es la base de mi desdicha.

En mi casa, — está descontado, — se convencían mutuamente de que yo era un genio; yo, lo declaro sinceramente, me dejaba halagar y trabajaba con ahinco: estudiaba personajes, imaginaba efectos, resolvía problemas psicológicos y me creía con derecho a sonreír de aquel inflado Shakespeare portugués de Eça.... Le puse el consabido TELÓN a mi pieza, que denominé « Sombra », y, decidido a verla en las tablas, hube de aprender muchas cosas visitando a señores cómicos presumidos y pedantes.

Todos me ofrecían su protección, ponían a mi servicio su experiencia, me aconsejaban cortes y arreglos y ninguno aceptaba mi obra.

No sé si al fin, compadecido de mí o contagiado del optimismo de mi fe, un viejo artista se tomó la que yo creía gloriosa tarea de revelarme.

Aunque sobrábame confianza en mi engendro, guardaba una especie de instintivo miedo a esa enorme fuerza inconsciente y rebañil del público, tan fácil a las explosiones de entusiasmo como a poner en práctica su ordinariez o sus apetitos calibanescos....

Un cronista amigo — condescendiente o equivo-

cado, — predijo el sonado triunfo de « Sombra », y como se guardaba la incógnita de mi nombre, ya imaginaba yo la nerviosa expectativa, la ansiosa curiosidad. Envuelto en mi anónimo, casi desconocido en la república de las letras, preveía mi brillante revelación. Al otro día mi nombre — entre alabanzas y elogios — iría de boca en boca. Y ya veía en periódicos y revistas ilustradas mi caricatura fabricando fantoches o tirando los hilos de una marioneta.

La noche del estreno — que hubo de llegar asaz pronto — me encaminé tempranísimo al teatro; no quise ir con amigos y, para evitar la emocionante impresión de salir a escena entre el galán joven y la primera actriz, se me ocurrió ocupar una modesta localidad de paraíso. En mi grada de madera, codeándome con el heterogéneo público bullicioso de las alturas, asistí a las primeras secciones en que se representaban obras regocijadas, ligeras, que predispusieron al niño grande del pueblo a la broma....

Sonó un timbre que me pareció oírlo repiquetear dentro de mi cerebro y se levanto rápidamente el telón, para dejar ver una amable escena familiar de mi comedia, mi primera escena, el principio quizás de mi triunfo!...

¿Sabría aquella gente los papeles?... Palpitábame a prisa el corazón, luego me fuí serenando a medida que se desarrollaba la obra en un religioso silencio y una grave atención de buen augurio.

Sucedieronse algunas escenas y sonaron aplausos aprobatorios.

Indudablemente, triunfaba: qué dulce sensación de bienestar me produjo la seguridad del éxito; sentía como si me quitara un ahogante peso, cual si me desapareciera un cruel dolor.... Sonreiría....

Pero aquello duró tan poco!... No sé si por descuido del traspunte o por ignorancia de su rol, un sujeto que hacía de viejo trabucó un parlamento, hizo cortar el diálogo a una chica que simulaba ser su hija y, ésta, cohibida, desorientada, se levantó de su asiento con tan desgraciada suerte que enganchó la cola de su falda a una mesilla cargada de floreros y frágiles chucherías, tropezó, y rodó por tierra, entre un estrépito de cristales....

Una oportuna bajada de telón hubiera evitado contingencias.

Alguien rió en la platea; contagióse la risa, que se intentaba reprimir entre un sordo rumor de impaciencia, a duras penas contenida....

Ya conoces aquello que de lo sublime a lo ridículo.... pues imagina un tipo tembloroso, que se come las frases y dice una palabra por otra recitando un monólogo amatorio.... El recitado fué interrumpido como por una saeta de befa; lo cortó un silbido agudo, brutal, salvaje: ¡Fiiiiiii!...

Sonó contiguo a mí, me hirió el oído tal una aguja de acero que me taladrase el cerebro; me incorporé, rojo de indignación y de ira, vengativo, con los cerrados puños amenazantes.... Hirieron el aire otros silbidos y en muchos ojos que me observaban atentos, rampantes, mezquinamente traicioneros, presentí, adi-

viné el peligro de que descubriesen quien era yo, y fuí capaz de disimular!...

Con los brazos en alto, amagué golpes imaginarios a los cómicos; denigré la obra; zarandeeé al autor!...

El público, la bestia, la fiera! — disculpa mi expresión vehemente — reía, ahullaba, vociferaba! pateaba!

Y yo, temblando, sacudido por un horrible miedo! temeroso que de un momento a otro me señalase un índice acusador, también reía y vociferaba y pateaba como aquella desatada jauría de furiosos energúmenos...

La obra se alteraba, se suspendía, volvía a marchar, de nuevo interrumpíase, como un vehículo que fuese guiado por un borracho....

Hubo un momento en que, en medio a la batahola infernal y al ruido de las sillas que querían cambiar de sitio, se temió el fuego, y el director del teatro, con lágrimas en los ojos y en la voz suplicante, solicitó una tregua, quería hablar; se lo permitieron como una chuscada, como un chiste nuevo:

¡Que hable! Que hable el hombre!

Se hizo un silencio forzado y el sujeto disculpóse en la forma que pudo; rogó calma, paciencia, y se excusó con mi obra: de un pobre muchacho principiante, pero bien intencionado; él comprendía que la obrilla era maleja e hizo lo posible por salvarla.

Era el colmo! después de lo otro, soportar ese suplicio. No imaginó el Dante para sus condenados tal castigo.... Hubieron instantes en que un sudor helado agarrotaba mis miembros, se nublaba mi visión y me

taladraba el cerebro la alucinante pesadilla, que después siempre me ha perseguido: yo estaba abandonado sobre una roca aislada, en el mar, y el público era un enorme pulpo que me descubría, me dardaba con sus mil ojos furiosos y, asqueroso, movía hacia mi sus tentáculos feroces!

— Nó, nó! bufaba el público: que prosiga! que continúe!

No faltaba más!! ¡Cortarle el chorro al genio!
¡Que salga el autor!...

Y se reanudó la función y mi martirio.

No había nada que hacer. Quién, en aquella tensión nerviosa, violentamente anormal, acertaba a decir dos frases con orden? Los cómicos salían pálidos, prevenidos a los golpes posibles.

Yo, como clavado en mi sitio, no cesaba de gritar como un poseído, hasta romperme la garganta, los pulmones.

Tú puedes suponer mi tortura....

A veces arreciaba hasta ensordecir el encarnizamiento de los gritos: el autor! el autor! que hablee! que hableee!!

La policía por fin terminó con aquello y, entre facies risueñas y congestionadas y voces afónicas que cambiaban impresiones, a gritos, salí a la calle.

Cuando me pude ver libre, sin acordarme de si fué bien o mal puesta la comedia, a todo lo que atiné fué a huir, a huir lo más pronto posible, a todo lo que daban mis piernas, con la obsesora idea de distanciarme del monstruo excitado....

Y a lo lejos aún me perseguían los gritos, las clamorosas solicitudes:

El autor! El autor! Que hable el autor!!

En casa me aguardaban; entré como un loco, ahogándome, sucio, sudoroso, despeinado, pidiendo que me dejaran, que no me hablasen, que no quería saber nada de nada....

Y en mi cuarto, con las almohadas sobre la cabeza, aún me agredían los bufidos:

— El autor! El autor!

Seguiré bebiendo; no me iré hasta que me convenza que pasaré desapercibido....

Paseó una recelosa mirada por el local que se congestionaba de gente, pues era la hora del aperitivo, y observó prevenido el encenderse de las blancas, deslumbrantes bombillas eléctricas.

Luego agregó:

— Sientes el hondo murmullo, como de tormenta lejana, del monstruo; mira como viene desde su entraña aquel mismo silbido agudo, salvaje, brutal, que me dolió en los oídos, que me perforó el cerebro....

— El autor! El autor!... Nó, nó! díles que nó!...
¡Yo no soy el autor!...

Y sigiloso, encorvado, cubriéndose la cabeza, casi arrastrado, luego deslizándose contra las paredes, salió, huyó, confundiéndose en la espesa sombra viscosa de la muchedumbre, de la misma muchedumbre que temía!

COMO LOS HORNERITOS....

POEMA humilde, inédito poema que no va a cantar nadie, fué aquel vívido esfuerzo de los dos viejos, pobres hormiguitas enamoradas de un ideal santo, bueno, pequeñito....

Ellos, hijos del campo, que habían sentido la sensación amplia y libre de trasponer los horizontes con sus miradas; que habían aspirado en los amaneceres el aroma vivificante de las silvestres hierbas húmedas; que aprendieron a gustar el sol y el silencio; que amaron la buena tierra fecunda, sin saberlo ni pensarlo.... Ellos, en cuyas almas toscas y nobles prendió una panteísta religiosidad natural, primitiva: un culto por la tierra, por las flores, por los pájaros.... sólo ellos pudieron hacer del sueño de tener su casita, su terrenito, un ideal, una razón de alargar sus vidas lamentables.

Sin descendencia, habiendo vuelto los cincuenta años en la servidumbre de siempre, vinieron con los patrones a la capital y aquí asistieron al naufragio de

la fortuna de estos que no creerían en el fin de sus rentas. Y en la catástrofe, tras el suicidio del señor que epilogó en tragedia su caída, los viejos quedaron en la calle, abandonados. Más tarde fueron a dar a un sombrío conventillo mal oliente, bullicioso, donde se hacinaba la pobre carne de fábrica, donde gruñían los pequeñuelos mugrientos y donde las muchachitas flacas de la ciudad cantaban los aires criollo-arrabaleros, dolorosos y sentimentales.

Se ahogaban allí de falta de aire, se morían de tristeza.... La vieja, componiendo los trapitos; él, trenzando, con paciencia de artista, soterías para arreadores que, luego, tanto le costaba vender.... A veces el paisano, sentado con sus tientos y sus guasquitas, hacía una tregua a su labor para tomar el mate amargo y encender el pucho que guardaba tras de la oreja, y en aquellos momentos le arreciaban los recuerdos, mientras quería desviar el penoso pensamiento mirando, por el ventanuco de su cuarto, el lomo de erizo de la ciudad.... Y se sucedían hondos silencios.... Después hablaban, ahogados....

— ¿Qué harían?... No se podían ir para afuera, para el pago.... Y se les aparecía la visión del pasado, el buen campo, el simple vivir.... La viejita se llevaba el dorso de la mano a los ojos cegatones, y el viejo se levantaba entumido, lagrimeando, y comentaba:

— Como dos gurises....

Tras mucho peregrinar encontraron acomodo.... El limpiaba unos autos y paseaba los perros, finos y civilizados, de los señores, y la viejita buena, que con-

servaba el íntegro tesoro de su cariño maternal, cuidaba un niño anormal.

De noche, cuando se iban a acostar en una habitación que les dieron en el fondo de la casa, se sentían comunicativos pensando en su proyecto y, con frases breves, cortadas, que se creyeran un galimatías, hablaban de todas las cosas de su sueño.

— Cuando tuvieran la tierra, cuando la cultivaran; las plantitas, las aves, el mirlo cantor....

No se animaban a poner en el banco el dinero que reunían y, lentamente, lentamente, como las hormigas, acumulaban....

Un día el paisano fué a ver al señor y le expuso su intención y hasta le sugirió la idea de que le podría criar gallinas en « su terreno »; el otro, grave, burguesamente interesado con tal salida, le dió recomendaciones, y él pudo rematar un solarcito, lejos, por Sayago....

Intensificaron entonces sus esfuerzos. Todo era para la casita, como para un hijo.... Sus entusiasmos y sus pensamientos; las plantitas que la vieja hacía « prender »; los primeros nuevos pesos con que adquirieron la madera y el zinc para el rancho.

Los sábados a la noche el viejo criollo tenía permiso para irse.... Las últimas estrellas le miraban, sorprendidas, inclinado sobre la fecunda tierra, feliz, trabajando!

Después pudieron ir a vivir a su casa. Luego de instalarse, cuando la « patrona » le trajo el primer mate, el viejo paseó la vista a su alrededor y sonrió, callado; ella tuvo ganas de llorar de alegría....

¡ Ya tenían su tierra !...

Los dominios no iban más allá de quinientos metros, pero, cuánto esmero en los canteritos prolijos donde el verde de las hortalizas y las legumbres modulaba su infinita escala cambiante.... los caminitos limpios, la docena de cañas de Castilla del fondo, ya rumorosas, los árboles nuevos, apenas levantándose, entre los que se destacaba el ombucito clásico, que no podía faltar; las enredaderas — el guaco, el taxe y el mburucuyá — que se abrazaban a los troncos monteses de la enramada en ciernes.... y el mirlo cantor, tan vivo, tan alegre, casi humano.

Y una noche de invierno en que el viejo volvía con un farol de « bombiar las hormigas, » « bichitos que por tan trabajadores daba lástima matar.... » le dijo su mujer con amarga tristeza :

— Tanto sacrificio, tanto desvelo!... y.... pa quién?

Y el paisano viejo apagó el farol y en la oscuridad, ganado de intensa emoción, sintió el dolor de no tener para quien gastar su esfuerzo de hombre bueno y murmuró :

— Pa quién?... No hay que pensarlo.... Somos como los horneritos: cuando llevan el barro y los pastitos pa hacer su casa no piensan lo demás....

Somos como los horneritos....

LA DAMA VERDE

LA última vez que ví a Luciano Gatry en aquel cafetín, al que hacía oscuro y raro un decorado de antiguo estilo, lo encontré desconocido.

Frecuentábamos ese ambiente lo bastante a menudo que nos lo permitía la bohemia, una colonia cosmopolita y bullanguera de jóvenes: literatos, artistas, desocupados. Luciano tenía fama de alegre y decidor, y, dueño de un ingenio sutil y oportuno, coloreaba las reuniones, cebándose su sátira en críticas mordaces.

Llamóme la atención, aquella noche, su reconcentración hosca y prevenida, y lo observé: estaba pálido; bajo los hundidos ojos vidriosos, las hondas ojeras, azulencas, como dos cauces de sufrir; las mejillas flácidas, los labios laxos y descoloridos.... Debía estar muy enfermo.

Alguien mentó el amor en una intencionada indirecta y él sonrió, entre orgulloso y despreciativo. Le instaron que hablase, pero él redondeó, desganado, unas excusas banales y se encerró en un silencio hermético y sugestivo.

Los contertulios se retiraban. Se apagaron algunas lamparillas eléctricas; allá por un extremo, un mozo somnoliento invertía las sillas sobre las mesas huérfanas.

Un rincón se llenó de sombra.

Afónica, se levantó imprecisa la voz de un ebrio, cantando una lúgubre canción canallesca.

La conversación, difícil en extremo, abría anchos paréntesis de hastío en que se percibían claros, en el nocturno silencio, la campana, el chirrido acre de un tranvía, o el grito angustioso de una locomotora lejana.

Se fué el último compañero, dejándonos a Luciano y a mí.

Cuando me disponía a levantarme y lo iba a invitar a marcharnos, me pidió, con un gesto cansado y una mirada expresiva, que me quedara.

— Hombre, estás débil; ve a descansar, es tarde; y él, con voz doliente, me contestó:

— No, tengo miedo, no te vayas.

Lo desconocía; este muchacho a quien había conocido tan fuerte y optimista, parecía una piltrafa, una máquina descompuesta: hice suposiciones, me perdí en conjeturas; inquirí al fin.

— ¿Quieres que te acompañe, qué temes? — Y él me replicó en un esfuerzo, con voz enferma y rota:

— No es lo que posiblemente pudieras imaginar.... Ya lo sabrás todo: es una absurda historia, un drama sombrío y ridículo, raro y espantoso.

Llamó al mozo y pidió café.... Bebió el negro brebaje estimulante y agregó:

— Lo que me sucede es casi inverosímil, curioso, modernísimo, — tal vez a ti se te ocurra que puede influir en ello mi imaginación.... Por lo pronto participa de un extraño idealismo y de un deleite sádico.... Quizá sólo la refinada crueldad voluptuosa del Asia podría haber creado este martirio que es deleite, esta vida que es muerte! Octavio Mirbeau quizá lo soñó para su «jardín» desconcertante....

Y barbotó incoherente su historia:

— Cuántas veces encontramos — al azar — una mujer, que creemos que está llamada a llenar una hora ideal de nuestra vida.... pasa.... no la vemos más; como una estrella errante, rayó el fulgor vano de su trayectoria nuestro cielo espectante!... Esta, la dama verde, sin poderte precisar siquiera si es rubia o si es morena, sé que ha venido a llenar mi vida, a ser una parte integral de mi yo.... De ella tengo una idea de suave blancura de nardo, de dos ojos glaucos y fulgurantes como dos esmeraldas y de un perfume de mujer....

No es esto un sueño de colegial, ni un sueño romántico; lo que me une a la misteriosa mujer es un desposorio real, erótico y torturante.

La conocí una tarde y esa noche fué mía. ¿Creeré que fué mi mente ardorosa la que la trajo a mis brazos?...

A la mañana siguiente me sonreía de mi sueño de amor que lo creía resultante de una de esas vulgares excitaciones tan comunes en la juventud. Pero, esa noche y la otra y las subsiguientes me volvió a

visitar, e inicié, todo entero, un connubio incongruente y suicida: noches de refinados erotismos, de locas voluptuosidades, de cálidos deleites....

Me dí, pues, íntegramente a mi pasión, sin temores y sin reservas. Y aunque aquello me aniquilaba, hasta llegar al punto de inquietarme, no me convencía de que era preciso librarme de sus tentáculos; no había ensayado aún el propósito de atenuar mi amorosa porfía cuando ya me dominaba el ansia obsesivo de que llegara la noche, para envolverme de nuevo en la fiebre de mi sueño.

Me pesaba dolorosamente la cabeza; se me nublaba la vista y martirizábame atrocemente la espina dorsal; constataba la pérdida absoluta de la voluntad, se oscurecían mis ideas y sentía la garra de la decrepitud hundirse en mis pobres riñones....

Cuando me di cuenta de que realmente se me iba la vida entre los brazos de mi nocturna sirena, casi me enloquecí de terror, pero, no por lo que la vida vale en sí, sino porque aquello me mostraba la posibilidad de que me alejase de ella para siempre! Debe haber, como del oro, una avaricia de la carne, un anhelo inexhausto de eterna posesión! Eso sentía!

Por ello he medido el descanso y el sueño, alargando refinadamente el placer, como un sibarita que presiente el fin de su goce.

He notado día a día que me consumo.... Me he ido volviendo un humillo azul, una espiral vaga, tenue, que ella, la pérfida, intenta disipar....

Cuando el sueño bate sus alas sédeas sobre mi

frente, presiento su venida, sé que se acerca con los brazos abiertos, con la húmeda boca roja, incitante, que me chupa la sangre como un vampiro, y con la glauca atracción de sus ojos de mar, constelados de puntitos de oro y de fuego!...

Hace días que no duermo, no quiero dejarme sorprender; por eso te he pedido que no me dejes, que no me abandones.... Le huyo porque la amo!... Cuando me encuentre, caeré en sus brazos más locamente enamorado que nunca!

Estoy rendido; vendrá esta noche, como de costumbre, y me temo que sea la última!...

Cerró los mortecinos ojos, desvanecido; no me animé a hablarlo. Lo ví estremecerse, gemir dulcemente, entreabrir — como en una oración — los labios resecos e incoloros y quedarse más pálido, — si era posible, — inerte....

Me dormí y soñé con la mujer aquella....

El mozo nos despertó, solícito:

— Señores, tengan la bondad..... se va a cerrar....

Mi amigo me miró como entre sueños, con los ojos turbios, y me increpó, con la voz más quebrada, más agónica:

— Has sido un cobarde! por qué no le impediste que me asesinara?... Comprendo que no sabes lo que es alargar un minuto este placer divino.... El humillo azul se desvanece; terminará su obra! cuán pronto!

Se levantó difícilmente; quise acompañarle y me apartó con un ademán:

— No, no! ahora quédate: me espera; quizá tú también te enamorases de ella. Sabes que me espera?... Quédate!... ¡Te odio!, pensando que pudieras ser mi rival.... Siento unos celos horribles que me arman el brazo homicida!

Y se marchó, tambaleante, como un ebrio....

EL FOLLETÍN DEL AMOR

La Nación, Febrero 20.

« I. M. — ¿ Qué sucede? Se me ocurren mil suposiciones. Aguardo nuevas, lleno de impaciencia. — Lis ».

Febrero 22.

« Lis. — Nena enfermita. El tiempo todo es un perenne recuerdo. En breve seguridades ».

Febrero 26.

« I. M. — ¡ Cómo se eternizan las horas! El jardín te ofrece una fiesta de aromas y colores. ¡ Rosas! ¿ Vienes? — Lis ».

Marzo 1º.

« Lis. — Nena reacciona. A pesar de ello urgen precauciones. Un pequeño descuido mataría nuestro tesoro. Sueño el jardín de sueño ».

Marzo 6.

« I. M. — ¿ Será una locura? No salgo de casa aguardando.... Imagino me pudieras dar una sorpresa. Enfermo de impaciencia. — Lis ».

Ledesma ha recortado en sendos días los cinco capítulos de lo que él llama « El folletín del amor », y da vuelta en su imaginación la trama de esa historia sentimental, que asoma su perfil lírico entre la amazacotada prosa comercial de los lacónicos reclames del gran diario.

Luego se los lee a su mujer, como una primicia, y se promete aclarar la misteriosa novela que azuza su curiosidad.

La joven esposa ha cambiado de color y, con un hábil sesgo, lleva la conversación a otro tema. El insiste:

— Aquí hay gato encerrado.... ¿ Crees tú que hay necesidad de valerse de esta forma de comunicación para darse noticias de la enfermedad de una niña? ¡ Hay algunas mujeres!... Si es posible, el pobre del marido es quien se encarga de llevar el diario a casa, de hacer de correo....

Y ríe Ledesma:

— Muy gracioso!; después se indigna: ¿ Te parece bonito!...

Arroja el diario sobre la mesa, chispeándole los ojos.... Lo dominan dos pasiones: la honoraria del esposo ofendido, y una necesidad de saber, de averiguar, de seguir el hilo que ata aquellos párrafos abstrusos.

Ledesma es bajo, grueso, hercúleo. Al hablar da un movimiento rápido a sus labios carnosos, semejando un hocico inquiridor su boca adornada por un áspero bigote cerdoso, cortado a lo yankee. Su mujer es fina y blanca, tiene los ojos claros, y las manos

alargadas y pálidas. Cuando él se exalta, ella tiembla, medrosa....

Al otro día, cuando trae el nuevo capítulo :

Marzo 8.

« Lis. — ¡ Imposible !... Concédeme tiempo ».

Ledesma, suficiente: ¿ Y ahora? No te quede la menor duda de que hay un interesado sobre la pista, un padre, un marido.... Te garanto que la novelita ésta me ha picado la curiosidad en tal forma, que de buena gana me metía en el lío....

La fina mujercita, reprocha :

— Ledesma, eso estaría mal....

— Bah, el derecho de ser curioso.... Pero, hija, sería notable, notable! ¡ Imagínate, conocer los personajes de carne y hueso que componen el romancesco lance.... A ver si se te ocurre algo para descubrirlos. Lo malo es que no se podría ver a los dos al tiempo. Citando a uno, el otro no podría ir.... Te llevaría a tí para que te dices cuenta. Debe ser muy interesante.

La mujercita se sostiene difícilmente de pie, junto a una silla, y teme a su palidez y a un frío de terror que le enrigece el cuerpo.

Ledesma se incorpora, trae papel y tinta, y le dice :

— Mira lo que se me ocurre : citamos a él, ella se sorprende de la cita y acude también para descubrir una posible infidelidad. ¿ Es ingenioso, verdad?, y con un orgullo de avisado, agrega :

— Pon :

« Lis. — En la galería de la rosaleda, a las seis de la tarde ».

Ella, que desconoce su caligrafía temblorosa :

— ¿ Nada más?...

El sonríe, satisfecho, y sale agitando el papelito.

La mujercita se ha quedado dolorida del esfuerzo de no clamarle que no la torturase; atenazada por la duda de si aquello sería una trágica burla de su marido, si tras de la comedia se encubriría la venganza brutal del burlado.... Se ahoga, siente vibrar sus nervios y enbrollarse más y más sus ideas; indecisa, temiendo todo, sin optar por una resolución, extenuada, siente el paso firme de Ledesma que vuelve.

El se acerca, la mira compungido y se lamenta :

— Caramba, caramba, llevé aquello y de pasada me he enterado de que mañana por la tarde tenemos una sesión importantísima a la que no puedo faltar. Así que no nos podremos dar los dos la fiesta del descubrimiento.

Ella respira.

— Y si fueras tú, ya que estaba tan bien combinada la cuestión ¡ Cuándo los personajes van a soñar que entramos nosotros también en la novelita?...

— No, no, rechaza la temerosa, como si encontrara un asidero a su titubeo....

Y él, entusiasmado, la convence :

— Tonta, ayúdame; es una cosa notable.... y de camino paseas. Ya nos reiremos un poco después....

¿ Ir sola? La mujercita se afirma en el temor de la venganza.

Pero irá, si no, tal vez fuera peor.... Quizá pueda poner en guardia a él.... Aún aventura :

— ¡ Qué capricho!...

El debe ir a su sesión. Salen juntos. Es temprano; mientras van del brazo, por Rivadavia, ella no descubre en Ledesma la menor alteración.

Se separan. La mujercita toma un taxi. Sola, mientras traquetea el vehículo, se le ocurren terribles ideas....

Al regreso, aún con el sabor de los últimos besos del amante, que reía de lo absurdo de sus temores, de lo que ella creyó una estratagema del ofendido, ha saboreado el dulzor acidito de la aventura, y una tranquilidad y una confianza plena tal como si se sintiese vivir mejor.

Su acento se ha hecho seguro, resuelto. (Ha cambiado de diario y de clave....) Ahora, irónica, se duele ante el marido :...

— He fracasado.... ¿ cómo iba a dar con la pareja entre tanta concurrencia ?

Y Ledesma, lastimado en su puntilloso amor propio de detective oficioso :

— ¡ Pero, no haberseme ocurrido!...

La fina mujercita sonríe, enigmática.



INDICE

	<u>Página</u>
No es la plata lo que vale....	5
Juventud	20
Los « gurises »	25
Los Rayos X.	36
La maestrita	42
32.584,007	51
La sombra del ombú	57
El ascenso	69
El hijo gaucho	76
Un hombre que yo no conozco	95
Animal de costumbres....	100
El fotopsicomentógrafo	106
La trampa	112
Unos signos negros	121
La picada asombrada	127
El compañero	132
La muchedumbre	139
Como los horneritos	146
La dama verde	150
El folletín del amor	156